

*Elidoro Merced*  
Compañía Editorial del Pacífico

Autorizada por decreto Supremo  
de 20 de Julio de 1911

Santiago de Chile. — Merced, 752 — Casilla 1005

Casa Editora de Obras Nacionales y Extranjeras

**EL**  
**Teatro de los Niños**

CINCO COMEDIAS EN UN ACTO

DEDICADAS Á LOS   
ALUMNOS DE AMBOS  
SEXOS DE LAS ES-  
CUELAS PÚBLICAS Y  
PRIVADAS   

Precio: UN PESO



SANTIAGO DE CHILE  
IMP. COMPAÑÍA EDITORIAL DEL PACÍFICO S. A.  
Merced, 752

1911

DIRECTORIO:

RICARDO MONTANER BELLO  
Presidente

MISAEEL CORREA

JUAN C. ZAMORANO

MIGUEL L. ROCUANT  
Directores

AURELIO DIAZ MEZA  
Director-Gerente

36026

**A UN EMBUSTE OTRO MAYOR**

COMEDIA EN PROSA

PARA CUATRO NIÑAS

ORIGINAL DE

MAXIMILIANO M. MONJE



## PERSONAJES

---

INOCENCIA. (Diez años).

MERI. (Doce años).

EULALIA. (Doce años).

NATALIA. (Once años).

**Época actual**



## ACTO UNICO

---

Sala decente, con puerta al foro y laterales

### ESCENA PRIMERA

MERI é INOCENCIA

Esta está canturriando y meciendo á una muñeca.

INOCENCIA.—¡Ea, ea, ea!

MERI.—¿Quiéres dejar tu canción? ¡Jesús, qué pesada!

INOC.—Bueno, hermana, no te enfades.

MER.—Oye, ¿qué hicistes hoy, que mamá te ha reñido?

INOC.—Nada.

MER.—Algo sería.

INOC.—Me dió mamá dos huevos para que le dijese á la cocinera que se los hiciera á papá á la piedra.

MER.—Como si lo viera; los estrellastes contra la pared.

INOC.—No soy tan tonta. Le dije á la cocinera que

papá quería los huevos con estrellas.

MER.—¿Con estrellas?

INOC.—Sí, con sopa de estrellas.

MER.—¡Qué tonta!

INOC.—Yo creí...

MER.—Tú crees todo.

INOC.—¿Es eso malo?

MER.—No es muy conveniente. Ayer, sin ir más lejos, te dijo la tía Antonia que le llevases las tenacillas, y tú ¡zás! te presentastes con las de la cocina.

INOC.—Como me dijo tenazas. . .

MER.—El mejor día van á pedirte una horquilla y vas á llevar la que sirve para colgar las uvas.

INOC.—Bueno, Meri, no me riñas.

MER.—¡Jesús, qué sangre de horchata!

INOC.—Te enfadas conmigo ahora que quería preguntarte una cosa.

MER.—¿Lo qué?

INOC.—¿No me enojarás?

MER.—Acaba.

INOC.—Dime, hermanita, ¿qué es el tren?

MER.—El ferrocarril.

INOC.—Tú me engañas.

MER.—Nó, mujer.

INOC.—Eso que anda sobre unos hierros, con muchos carros, ¿es el tren?

MER.—Sí

INOC.—¡Ay! yo creí que era cosa de comer.

MER.—¡Átiza!

INOC.—Porque tía Antonia dijo que había comprado un tren para la cocina.

MER.—Eso es otra clase de tren.\*

INOC.—¿Otra clase? Vaya! vaya!

## ESCENA II

DICHAS y EULALIA, entrando

EULALIA.—Meri, esta tarde viene á merendar la prima Natalia.

MERI.—¿De veras? ¡Cuánto me alegro!

EUL.—Y yo. Es una chica muy divertida. No se parece á esta gansa.

INOC.—Yo no soy gansa.

EUL.—Sí, hija; tienes muy poca sal. Natalia sí que tiene.

INOC.—Porque la sacaré de la cocina.

EUL.—¡Qué boba!

MERI.—Lo que quiere decir es que tiene gracia.

EUL.—Eso es. Pero tú... Vamos á ver, ¿cuál es tu gracia?

INOC.—Inocencia Jiménez.

EUL.—Miren con lo que salta.

MERI.—¿Dijiste á mamá que venía Natalia?

EUL.—No.

MERI.—Corro á decírselo. (Vase)

EUL.—Adiós.

## ESCENA III

EULALIA é INOCENCIA.

INOC.—Oye, hermanita, yo quisiera preguntarte...

EUL.—Alguna tontería.

INOC.—No, no es tontería.

EUL.—Habla.

INOC.—Dime, ¿llueve agna siempre?

EUL.—Sí.

INOC.—Yo creo que no.

EUL.—¿Por qué?

INOC.—Porque anoche al entrar papá en casa dijo:  
está lloviendo chuzos.

EUL.—Tienes razón.

INOC.—A que no sabes tú por qué llueve.

EUL.—¿Por qué?

INOC.—Verás. Los ángeles cogen unos jarros y vierten el agua. Otras veces cogen cántaros y los vacían. Por eso se llama llover á cántaros.

EUL.—Sí, pero no se dice llover á jarros.

INOC.—Es verdad...

EUL.—Qué, ¿no tienes otra preguntita reservada?

INOC.—Sí. Meri dice que el tren es el ferrocarril, y yo digo que es cosa de comer. ¿Quién tiene razón?

EUL.—Tú.

INOC.—¿Es cosa de comer?

EUL.—Y un manjar delicioso. Pero si tú lo has comido muchas veces, sólo que con otro nombre. Un flan es un tren.

INOC.—Bien decía yo.

EUL.—Igual que los adoquines. Vienen en latas y parece pan dulce. Mari, que no sabe cómo se llaman, los nombra galletas; pero son adoquines

INOC.—¡Digo, y poco ricos que están! ¿Los merendaremos?

EUL.—Sí, y un flan entero.

INOC.—¿Un tren? ¡Viva, viva! A mí me gusta mucho.

EUL.—Y después tomaremos pan y suizo.

INOC.—¿Suizo?

EUL.—Sí; queso de bola, como dice Meri, que no sabe nada.

INOC.—¡Qué tonta!

EUL.—De remate.

#### ESCENA IV

DICHAS y NATALIA, entrando

NAT.—Buenas tardes.

EUL.—¡Natalia!

INOC.—¡Hola!

NAT.—Vengo toda la tarde.

EUL.—¡Cuánto me alegro!

NAT.—Hola, Inocencia, ¿qué haces?

INOC.—Nada.

NAT.—Oye, me ha dicho mi mamá que la tuya te ha comprado una muñeca preciosa.

EUL.—Sí.

INOC.—No es muñeca, es un loro.

NAT.—¿Estás loca?

INOC.—No, Natalia.

EUL.—Deja á esa tonta.

INOC.—Pues es verdad. Es un loro que no se parece á los otros loros, pero habla como aquéllos.

EUL.—¡Cuidado que eres simple!

NAT.—Qué, ¿me la enseñas?

EUL.— Sí, voy por ella. (Vase izquierda).

#### ESCENA V

NATALIA é INOCENCIA

INOC.—Ya verás, ya verás...

NAT.—¿Y qué he de ver?

INOC.—Lo que vamos á comer.

NAT.—¿Tan buenas cosas son?

INOC.— Ya lo creo.

NAT.—Dilas.

INOC.—No, no.

NAT.—¿Por qué?

INOC.—Porque te vas á relamer de gusto, y es muy feo sacar la lengua.

NAT.—Acaba. Se me están poniendo los dientes largos.

INOC.—¿A ver?

NAT.—¿Lo qué?

INOC.—Los dientes. ¿No dices que se están poniendo largos? Debe ser una cosa curiosa verlos crecer.

NAT.—Pero, oye, ¿es que te burlas?

INOC.—¿Yo?

NAT.—Te advierto que no lo consiento.

INOC.—Si no me burlo.

NAT.—Pues lo parece.

INOC.—Te enfadas en seguida.

NAT.— Bueno. ¿Quiéres terminar de decirme qué merienda tenemos?

INOC.—Verás.

NAT.—Dí.

INOC.—Primero te comerás un pedazo grande de un tren.

NAT.—¿Sigue la burla?

INOC.—Después cinco ó seis docenas de adoquines.

NATALIA.—¡Inocencia!

INOC.—¿Qué?

NATALIA.—¡Vaya las onces que me ofreces!

INOC.—¡Digo! ¡Pues están poco ricos los adoquines!

NATALIA.—¿De veras?

INOC.—Ayer me comí doce.

NATALIA.—¡Ay, pues contigo no quedará calle sana!

INOC.—Pero lo que viene después si que es rico, rico, rico.

NATALIA.—Veamos.

INOC.—¿Te gustan los suizos?

NATALIA.—¿Qué?

INOC.—No, mujer, suizo de bola; un suizo de Suiza!

NATALIA.—¡Basta de broma!

INOC.—Pero, ¿es que no te gustan?

NATALIA.—Mira, Inocencia, si eres tonta, vete con tu tontería á otra parte á comer suizos.

INOC.—Ojalá me cayese uno en la boca.

NATALIA.—¡Gansa!

INOC.—¡No insultes!

NATALIA.—¡Imbécil!

INOC.—Mira que me enfado.

NATALIA.—¡Idiota!

INOC.—¿Sí? Pues ya verás. Ahora voy á Meri y le digo que no te dé de comer del tren.

NATALIA.—Vete con Dios.

INOC.—Ni adoquines.

NATALIA.—Mejor.

INOC.—Ni suizos. (Váse)

## ESCENA VI.

NATALIA, luego EULALIA

NAT.—¡Vaya la niña! Por supuesto que se ha querido burlar. ¡No es tan inocente!

EUL.—(Con una muñeca.) Aquí la tienes.

NAT.—Preciosa, preciosa.

EUL.—¿Te gusta?

NAT.—Mucho.

EUL.—Está á tu disposición.

NAT.—Gracias.

EUL.—¿Y mi hermana?

NAT.—¿Tú hermana? Me he enfadado con ella.

EUL.—¿Por qué?

NAT.—Figúrate que quería darme de merendar un tren con adoquines y un suizo para postre.

EUL.—¡Ja, ja, ja!

NAT.—No te rías, que la cosa no es de risa.

EUL.—Todo cuanto le dije te ha dicho.

NAT.—¿Pero tú.....?

EUL.—Sí, yo la dije que un flan era un tren, que las galletas se llamaban adoquines y que el queso de bola tenía por nombre suizo.

NAT.—Ahora comprendo. ¡Ja, ja, ja!

EUL.—¡Ja, ja, ja!

NAT.—Pero, ¿Inocencia es tonta?

EUL.—Completamente.

NAT.—¡Pobre muchacha!

EUL.—¡Y con unas tragaderas! Figúrate que le he hecho creer que los elefantes vuelan y las ballenas hablan.

NAT.—Chica, dispensa, pero tanta simplicidad no es posible.

EUL.—¿Crees que no le he hecho creer eso?

NAT.—Dudo por lo menos.

EUL.—¡Ah, pues te vas á convencer!

NAT.—¿Cómo?

EUL.—Inventando un embuste mayúsculo. Ya verás como lo cree.

NAT.—¿Y cuál?

EUL.—Déjame que yo lo haré.

NAT.—Mira, aquí viene.

EUL.—Finge estar asustada.

ESCENA VII

DICHAS é INOCENCIA

INOCENCIA.—¡Nadie me quiere en esta casa!

EULALIA.—¡Jesús! ¡Ave María!

NATALIA.— ¡Qué miedo!

INOC.—¿Qué sucede?

NAT.— ¡Estoy temblando!

EUL.—¡Qué horror!

NAT.—¡Qué susto!

INOC.—Pero...

NAT.—¡No sé qué me pasa!

EUL.—Yo estoy medio muerta!

INOC.—Y yo también estoy medio muerta... muerta de curiosidad.

EUL.—Se ha presentado el diablo.

INOC.—¡Ave María Purísima!

NAT.—¿No lo crees?

INOC.—Sí, si lo creo. ¿Y cómo era?

EUL.—Alto, seguido, con un sombrero de copa que le tapaba la cabeza...

TAT.—Vestido de negro.

EUL.—Muy flaco y con unas piernas muy cortas.

NAT.—Y el cuerpo muy largo.

INOC.—¡Jesús, María!

EUL.—¿No lo crees?

INOC.—Sí, mujer, sí. ¿Y qué dijo?

EUL.—Qué volvería.

INOC.—¡Ave María!

EUL.—Yo me voy con mamá.

NAT.—Y yo....

INOC.—Y yo.

EUL.—No, tú no vengas.

INOC.—¿Por qué?

EUL.—Porque... porque dijo el diablo que sólo esperaba vernos juntas para matar tres pájaros de un tiro.

INOC.—Bueno, ¿Y á nosotras qué nos importa que mate tres pájaro?

NAT.—Es que los pájaro somos nosotras.

INOC.—Entonces no diría pájaros.

EUL.—Es claro; dijo pájaras.

INOC.—¿Y qué hago?

NAT.—Rezar el rosario, Es lo más seguro.

INOC.—Pero debiera ir con mamá.

EUL.—¿No has oído?

INOC.—Bueno, me quedaré; pero voy á morirme de miedo.

EUL.—Reza, reza; es lo mejor.

## ESCENA VIII

### INOCENCIA

INOCENCIA.—¿Que rece? Cualquiera puede con el temblor que tengo. «Dios te salve, Reina y Madre... Bueno, ¿y si esto son cosas de mi hermanita?... Por si acaso rezaremos, «Padre nuestro»... No, pues como sea burla... (Suena dentro varios golpes) ¡María Santísima! ¿Si será?... ¡Jesús, María y José! (Se repiten los golpes) ¡Virgen de la Soledad!.. Yo me escondo en ese cuarto. (Vase por la derecha, cerrando la puerta de un golpe.)

## ESCENA IX

MERI

MERI.—¿Pero dónde estará esa chica?... (Llamando) ¡Inocencia!... ¡Inocencia!... No, pues en el comedor no está. ¿Se habrá acostado?... (Llamando) ¡Inocencia! ¡Inocencia! Nada. Estará con mamá. Voy á á verla. (Vase)

## ESCENA X

INOCENCIA

(Abre la puerta despacio; mir , vue've á cerrarla gritando: torna á entreabrirle, y no viendo á nadie, se decide á salir.)

INOCENCIA.—¡Nadie!... ¡Respiro!... ¿Se habrá marchado? Porque yo oía que me llamaba.... Al principio me pareció Meri; pero luego puse oído y sentí una voz bronca, que decía: «¡Inocencia! ¡Inocencia!»... ¡Ay Dios mío! De buena he escapado. Yo voy con mamá... (Se dirige á la puerta, pero retrocede asustada.) ¡Jesús! ¡El demonio!... ¡Uy! ¿Dónde me meto?... ¡Aquí, debajo de la mesa!

## ESCENA XI

DICHA, EULALIA, luego NATALIA

(Eulalia saca una espada de hombre puesta en un palo, y embrazada con ella simula ser un gigante muy alto. Un sombrero corona el palo.)

EULALIA.—¡Uuuu! (Esto lo dice con voz hueca.)

INOC.—¡Santa María!

EUL.—¡Ooooo!

INOC.—¡Me lleva!

EUL.—(Natural.) No está.

INOC.—¡Ya me veo en la caldera!

EUL.—(Desembozándose, bajando el palo.) Se escondió de miedo.

INOC.—¿Qué veo? ¡Mi hermana!

EUL.—(Desde el foro.) ¡Natalia!

NAT.—(Saliendo.) ¿Qué?

EUL.—Se ha escondido.

NAT.—¡Qué lástima!

EUL.—Tanto como nos hubiéramos reído.

NAT.—¿Vamos á hacer onces?

EUL.—Bueno; pero luego volveremos á darla el susto. A ver si se le acaba la tontería. (Vanse derecha.)

## ESCENA XII

### INOCENCIA

INOCENCIA.—¿Conque esas tenemos? ¿Conque soy tonta? ¿Conque para que se me acabe la tontería?... ¡Ya se me va quitando! Yo te prometo que me las pagarás. A una burla, otra más grande; y á un embuste, otro mayor. (Vase por la izquierda.)

## ESCENA XIII

### INOCENCIA, EULALIA y NATALIA

NAT.—(saliendo) Está en aquel cuarto. Y lo tiene

abierto. Ahora es la ocasión. (Clamando) Anda, Eulalia.

Sale Eulalia como antes, y al mismo tiempo Inocencia con el mismo disfraz, pero más alto.

EUL.—¡Uuuu!

INOC.—¡Ooooo!

NAT.—¡María Santísima!

EUL.—¡Jesús!

INOC.—¡Oooo!

EUL.—¡El diablo! (Tira el palo y la capa.)

NAT.—¡Dios me auxilie!

INOC.—Vengo por vosotras.

NAT.—¡Ay!

EUL.—¡Ay!

## ESCENA XIV

### DICHAS y MERI

MERI.—¿Qué pasa?

EUL.—¡El demonio!

NAT.—¡Que nos coge!

MERI.—¡Jesús mío!

EUL.—Dios nos castiga. (Inocencia baja el palo.)

NAT.—¡Se encoge! (Inocencia lo vuelve á subir.)

EUL.—¡Se estira!

MERI.—Sí, eso parece.

INOC.—Ya basta. (Se descubre.)

NAT.—¡Inocencia!

EUL.—¡Mi hermana!

INOC.—Sí, la tonta.

MERI.—Pero...

INOC.—La tonta, que ya no lo es.

NAT.—Perdónanos.

EUL.—Dispénsanos.

INOC.—Perdonadas estáis; pero cuidado en adelante,  
pues para un embuste hay otro mayor.

[Al público]

Aquí el juguete ha acabado.  
Si tal obrita te agrada,  
Muéstralo, público amado,  
Con una sola palmada.

FIN

# LA REVOLTOSA

JUGUETE CÓMICO

PARA CUATRO NIÑAS, EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MARÍA SOTO Y SAEZ



## PERSONAJES

---

MATILDE

TERESA

ROSA

SOFIA

**Época actual**



## ACTO ÚNICO

---

G b'nete elegantemente amueblado.

Al levantarse el telón se oye dentro gran estrépito de loza al caer, y entran en escena muy asustadas

### ESCENA PRIMERA

TERESA, ROSA y SOFIA.

ROSA. ¡Yo no he sido!

TER. ¡Yo tampoco!

SOF. ¡Qué estrépito, Santa Tecla!  
No ha dejado un plato sano.

TER. ¡Ay, mamá, cuando lo vea!

SOF. ¡Es que Matilde es muy mala!

ROSA ¡Y mui loca!

TER. ¡Y muy traviesa!

SOF. En la clase es un demonio,  
nada hay seguro con ella.

TER. El otro día á don Crispulo,  
el profesor de Aritmética,  
le puso el pelo de punta  
á su flamante chistera.  
¡Pobre señor, parecía  
un cesante de comedia!  
Salió á la calle hecho un tigre.

SOF. Sí, pescó la gran rabieta.

ROSA. ¿Os acordáis de otro día  
que se comió la merienda  
de seis niñas?; pescó un cólico  
y por poco no revienta!

TER. Y cuando quitó la tinta  
de los tinteros de mesa,  
y en vez de tinta, nos puso  
goma arábica?

SOF. ¡Qué escena!  
Doña Ruperta, la pobre,  
con esa infame cojera  
estaba hecha un basilisco,  
y todas ¡chitón! muy serias.  
Y Matilde sin moverse,  
fija en su sitio muy quieta;  
y la pobre profesora  
una... dos... tres... ¡coja era!  
(Haciéndose la coja)

ROSA. Matildita es un demonio;  
yo la temo.

SOF. Hay que temerla.

ROSA. ¡Es muy loca!

TER. ¡Un torbellino!

SOF. Huyamos, que aquí se acerca.  
(Mutis de las tres por una puerta, al mismo  
tiempo que Matilde entra por la otra.)

## ESCENA II

### MATILDE

¡Buena la hice, superior!  
Doce platos, tres salceras,  
cuatro botellas de vino,  
seis copas y una bandeja.  
Y todo por el gatito,  
goloso de siete suelas,  
que al aparador subió  
á oler un plato de fresa,  
y yo que estaba atisbando  
la ocasión para comerla,  
le di un tute, le asusté,  
me subí sobre la piedra,  
perdí pie, perdí terreno  
y di con mi cuerpo en tierra,  
arrastrando en mi caída  
la loza, el gato y la fresa .  
Yo pude comer algunas. . .  
me escapé sin que me vieran,  
mientras el gato llevaba,  
por mi culpa, la gran FELPA.  
Lo merece por goloso,  
para que otra vez no vuelva  
á ponerse en mi camino  
cuando algo mis ojos vean.  
Una diablurilla más. . .  
así el número se aumenta;  
pero es que no sé qué tengo,  
que no me puedo estar quieta.  
(Coge un papel que rompe distraída)

Corto siempre por lo sano...  
pues es claro, bueno fuera...  
(Mirando el papel que ha roto por la mitad)  
Papel para pajaritas...  
¿qué es esto? A ver... Luz eléctrica...  
La cuenta de luz del mes,  
que papá tanto conserva...  
¡Anda demonio! Y ahora,  
¿cómo voy á componerla?  
La pego... ¡Ca, no se puede!...  
Al cesto, á dormir la siesta...  
Yo no he visto nada, nada...  
y evito una reprimenda.  
¿Dónde estarán esas chicas  
que no las siento siquiera?  
Haciendo alguna diablura  
de fijo... ¡Son tan traviesas!

### ESCENA III

DICHA, ROSA SOFIA y TERESA

- TER. ¡Ay, Dios mío de mi alma!  
MAT. ¿Qué te sucede Teresa?  
TER. Que he roto este muñequito...  
MAT. No te apures, que se pega.  
¡Digo, pues no ha de pegarse,  
si tú por nada te inquietas!  
SOF. Ya verás cómo lo arregla.  
MAR. Trae el frasco de la goma  
que está allí sobre la mesa,  
y no te apures tontilla.

TER. ¡Qué gusto, ya estoy contenta!

MAT. Se coge el muñeco así...  
se vuelve un poco, se pega...

(Se le cae al suelo.)

¡Anda demonio!

TER. ¡Dios santo!

MAT. ¡Ahora sí que la hice buena!

TER. ¡Ay, Dios mío de mi alma!

SOF. ¡Ay, cuando mamá lo vea!

TER. ¡Ay, por qué te di el muñeco!

MAT. ¡Descanse en paz!

TER. ¡Eres fresca!

MAT. ¿Qué queréis que yo le haga?  
se escurrió, se vino á tierra...  
y se rompió...

ROSA. ¡Muy bonito!

MAT. ¿Qué vamos á hacer? ¡Paciencia!

SOF. ¡Si no se puede contigo!

TER. ¡Si tienes una gran flemma!

ROSA. ¡Si ya no hay quien te resista!

MAT. Que no me ¡insultéis, chicuelas,  
porque hago con todas tres  
lo que con el mono...

SOF. ¡Aprieta!

ROSA. Corramos, que va á pegarnos.

TER. Escapa por donde puedas.

(Vanse las tres)

## ESCENA IV

### MATILDE

¡Pobrecillas, son muy tontas;  
les asusta una futesa!

¿Qué se ha roto el monigote?  
¡Ganancia para la tienda!  
¡Qué espíritus tan mezquinos!  
¡Qué poquísima entereza!  
Voy á recoger los cascos  
para que nadie los vea.  
Ellas nada han de decir,  
que callar las tiene cuenta.  
¡Paz á los muñecos rotos!  
A la calle y fuera \*penas.  
Aquí no ha pasado nada  
ni nadie de esto se entera;  
mamá tiene mil muñecos  
y del roto no se acuerda.  
(Llaman)  
¡Anda, qué campanillazo!  
¿Quién llama con tanta fuerza?  
Dan voces en el pasillo...  
¿Qué pasará que hay tal gresca?  
(Vase.)

## ESCENA V

SOFIA, TERESA, ROSA; luego MATILDE

TER. ¡Anda, no sé qué sucedel!

SOF. Ni yo.

ROSA Ni yo...

TER. Pues es buena.

Está la doncella hablando  
á gritos con la portera.  
Dice que mamá no está,  
que no la den murga á ella...

- Tengo ganas de saber  
por qué tienen tal contienda.
- MAT. ¡Ay, no sabéis lo que ocurre!  
Pues nada, una friolera...  
Un accidente tremendo...  
¡Un chiquillo herido!...
- ROSA. ¡Aprieta!
- ¿Pero cómo ha sido eso?
- MAT. Porque tuve la ocurrencia  
de tirar el mono roto  
en la mitad de la acera.  
Un pobre niño pasaba  
de la mano de su abuela,  
y la vieja, al ver al chico  
con un chirlo en la cabeza,  
ha puesto el grito en el cielo,  
ha llamado á la portera,  
y han entrado de rondón  
en esta casa, y se encuentran  
gritando los vecinos,  
que juran de su inocencia,  
y nadie sabe quién fué  
el autor de tal proeza.
- ROSA. ¡Jesús!
- SOFI. ¡María!
- TER. Y José.
- MAT. ¡Amén y que nos defiendan!  
Y que el chico cure pronto  
Sin que el agresor parezca.  
Las criadas aseguran  
que nosotras somos buenas,  
que nadie el balcón abrió...
- ROSA. Pues abierto está
- MAT. (Cerrando.) Se cierra.

¿No ves que esto nos descubre,  
si la tempestad arrecia?  
Voy á mirar si se han ido...  
¡Silencio, cierran la puerta...  
y las criadas de casa  
no toman parte en la gresca!  
Eso nos dice que aquí  
no hay cuidado...

ROSA. ¡Viva Grecia!

MAT. A jugar y á divertirnos...

SOF. ¡Olé por las niñas frescas!  
(Vanse las tres)

MAT. ¡Olé por las niñas tontas  
como ésas que me rodean!

## ESCENA VI

### MATILDE

Ahora que las tres se fueron  
voy á ver si la abuelita  
se ha dajado aquí las gafas  
el libro y la papalina.  
Y me siento muy formal  
para ver quién es la prima  
que me toma por la abuela  
y yo me muero de risa.  
Me pongo la manteleta  
que lleva la viejecita,  
el gorro, y ahora las gafas,  
y así estoy desconocida.  
¡Siento ruido! ¿Serán ellas?  
Oigo la voz de Sofía.

Pues á ensayar el papel  
que ya se alza la cortina.

## ESCENA VII

DICHA, SOFIA, ROSA y TERESA

- SOFI. Matilde, lo que hemos hecho...
- MAT. A ver... (Aparte.) ¡Uy, me descubriría!  
Se me olvidaba el papel,  
iba á meter la canilla.  
(Alto.)  
en tiempo de Jesucristo... (Lee)
- ROSA. ¡Cielo santo, la abuelita!
- SOFI. ¡Qué vergüenza!
- TERE. ¡Qué coraje!
- SOFI. ¿Nos habrá oído?
- ROSA Descuida;  
que está la pobre algo sorda,  
y además como leía,  
su voz apagó la nuestra.
- SOFI. ¡Gracias á eso!
- MAT. (Con voz gangosa) ¿Qué hay chiquillas?  
¿Qué venis á hacer aquí?
- TERE. Dispénsenos abuelita.  
la creíamos en su cuarto...  
Nos vamos....
- MAT. No tan de prisa.  
Si á mí me gusta escucharos;  
recuerdo que yo fui niña,  
y revoltosa y traviesa,  
y juguetona y muy viva...  
Y vosotras sois muy locas...

- SOFI. Matilde es quien nos inicia.  
ROSA. Es más mala que un dolor.  
TERE. Muy traviesa...  
MAT. (Aparte) ¡Pues me avían!  
(Alto.)  
¿Conque es tan mala Matilde?  
ROSA. ¡Ay, mucho!  
SOFI. ¡Mucho!  
TERE. ¡Malísima!  
no pasan cinco minutos  
sin que haga una picardía.  
MAT. (Aparte.) Les voy á romper un hueso  
pues me están poniendo tibia.  
SOFI. ¡Las diabluras que ella hace!  
ROSA. No tienen nombre, abuelita.  
TERE. Es una loca de atar...  
Ha roto...  
MAT. ¡Justo, la crisma!  
voy á romperos á todas,  
por acusarme, en seguida.  
(Se quita las gafas y la manteleta.)  
ROSA. ¡Perdón, Matilde!  
SOFI. ¡Perdón!  
TERE. Perdona, que no creía  
que tuvieses el descaro  
de hacer burla á la abuelita.  
MAT. Y vosotras acusándome...  
¡Eso es una acción indigna!  
SOFI. Ya no lo hago más.  
ROSA. Ni yo.  
TERE. No lo hacemos, más, descuida.  
MAT. Pues entonces, os perdono.  
SOFI. Pero mirad qué chiquilla,  
si tiene unas ocurrencias...

Y estaba muy bien.

TERE. ¡Qué risa!

MAT. Hay que pasar la mañana  
hasta que esté la comida.  
Y por cierto que es preciso  
ver lo que hacen en la hornilla.  
Me voy, y á ser muy formales  
que esté la casa tranquila...  
(Vase)

ROSA. La verdad que tiene ingenio  
el demonio de la chica.  
Mirar que sentarse ahí  
tan seria y tan bien vestida...

SOFI. Yo la tomé por la abuela...

TERE. Y ¿quién no la tomaría?

SOFI. Yo no tendría valor  
para tanto...

TERE. Ni yo, hija.

ROSA. Es de la piel del demonio...  
De lo más revoltosísima...  
(Se oye dentro ruido de cristales que caen  
con gran estrépido.)

TERE. ¡Jesús!

ROSA. ¡María!

SOFI. ¡Y José!

Ahora es toda la vajilla!  
la que ha roto, de seguro.

TERE. A ver qué sucede, chicas.  
(Van á salir, á tiempo que entra Matilde).

ESCENA VII

DICHAS y MATILDE

MAT. A mí no me chilla nadie.  
no aguanto que me reprendan  
más que mis padres, solo ellos,  
mis profesores, mi abuela  
y las personas mayores  
que respeto me merezcan;  
pero una sirvienta mía...  
¡Cá, no la aguanto. está fresca!

ROSA. ¿Por qué te irritas, Matilde?

SOFI. ¿Qué ocurre que así te alteras?

TERE. ¿Quién te ha sacado de quicio?

MAT. Engracia y las dos doncellas.

TERE. ¿Por qué?

MAT. Porque figuráos  
que estaba sobre la mesa  
una fuente de natillas,  
con una cara tan buena,  
que yo me acerqué, la olí  
y vi una cuchara cerca,  
y por dos veces saqué  
la cuchara bien repleta.  
La cocinera me vió,  
cogió la fuente muy seria,  
la colocó en el vasar,  
y yo por ir á cogerla  
di con el brazo en el rabo  
de un perol, lleno de almejas  
y al suelo vino el perol.

ROSA. ¿Y las natillas?

MAT. No, necia;  
las natillas tuvo á bien  
salvarlas la cocinera.  
Y eso es lo que más sentí,  
porque están que hay que comerlas.  
Total, cuatro platos rotos,  
un cristal con una brecha,  
y las natillas guardadas  
bajo llave en la despensa.

SOFI. Y lo dices tan campante.

MAT. ¿Por qué he de ponerme seria?  
Sí eso es cosa muy corriente,  
si eso le pasa á cualquiera.  
Más valía que en lugar  
de ver si soy mala ó buena,  
estudiaseis la lección...  
de francés...

TER. SEÑORA SÉNECA,  
¿pero es que tú te la sabes?

MAT. De corrido.

TER. ¡Enhorabuena!

SOF. Eres tú muy lista...

ROSA. ¡Mucho!

MAT. Que no aguanto cuchufletas...

TER. Se te va el tiempo en locuras...

SOF. Dice la verdad Teresa.

ROSA. ¡Revoltosa!

MAT. A mucha honra;  
es tonto quien no da guerra.  
Y cuidado con decirme  
ninguna palabra fea,  
porque hay lección de solfeo.

TER. ¿Tú pegarme?

- SOF. Prueba...
- ROSA. Prueba...
- TER. Ya me canso de ser tonta...
- SOF. Ya me canso de ser buena.
- MAT. Pues defenderse, valientes,  
que el enemigo se acerca.  
(Cierra los puños y se dirige á ellas, que se preparan á refugiarse detrás de sillas y muebles. En aquel momento suena un fuerte campanillazo.)  
¡De buena os habéis librado,  
por ser mamá la que llega!  
Y cuidado con decirla  
lo que ha pasado en su ausencia.  
Si os calláis, os doy bombones  
y os regalo una muñeca.  
Y si decís tanto así...  
¡las tres os quedáis sin lengua!  
(Al público.)  
La revoltosa suplica  
perdón por sus ligerezas;  
no me neguéis un aplauso,  
que si aplaudís seré buena.

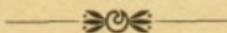
TELÓN

# LA BANDA DE HONOR

Comedia en un acto, para ocho niñas

ORIGINAL Y EN VERSO DE

MARÍA SOTO Y SAEZ



## PERSONAJES

---

CARMELA.

ROSA.

CLARA.

SOFÍA

LUISA.

PAQUITA.

ROSARIO.

TERESITA.

**Época actual**



## ACTO UNICO

---

Sala en un Colegio. Puerta al foro y laterales; la de la derecha, primer término, conduce á donde se supone que se efectúa el exámen. En primer término izquierda, una imagen de la Virgen.

### ESCENA PRIMERA

SOFIA, LUISA y PACA

- PACA. Al fin llegó este gran día,  
y en tan memorable fecha  
el premio de honor darán  
á quien mejor lo merezca.
- LUI. ¡Yo tengo brillantes notas!
- SOFI. ¡Yo seguridad completa!
- PACA. Espero hacer buen examen.
- SOFI. Yo en clase soy la primera.
- LUI. Mamá habl ó á los profesores.
- SOFI. También por mí se interesan.
- PACA. Yo llevo gran esperanza  
que no han de dejarme fea.

- SOFI. Qué honor para la que logre  
ser la reina de la fiesta!
- PACA. ¡Qué dicha si el premio alcanzo!
- LUI. En fin, que Dios nos proteja,  
(Reparando en los trajes de las compañeras  
y dirigiéndose á Paca.)  
Traes un traje muy bonito.
- PACA. Y tu vienes muy bien puesta.
- LUI. ¿Verdad que me sienta bien?
- PACA. ¡Admirable!
- SOFI. Estás muy bella.

## ESCENA II

DICHAS; CLARA por el foro.

- CLAR. ¿Aquí las tres? ¡Qué alegría!  
¿Y vuestras mamá? ¡Tan buenas!  
¿Y esos ánimos? ¡Tan fuertes!  
Bien hecho; sois de mi cuerda.  
Desparpajo, gran soltura,  
sonrisilla picarezca...  
y... ¡por la banda de honor  
que es hoy la gloriosa enseña!
- PACA. ¿Has acabado de hablar?
- SOFI. Parece que te dan cuerda.
- LUI. ¡Jesús y qué taravilla!
- CLAR. Ya queda atada mi lengua.  
¡Ah! ¿Sabéis á quién he visto  
al subir por la escalera?  
A Caridad Cascajares,  
con un traje color fresa

- que parte los corazones...
- PACA. Si, se lo habrá hecho su abuela.
- SOFI. ¡Es lo más cursi del mundo!
- CLAR. ¡Más presumida!
- LUI. ¡Más fea!
- CLAR. Bravo, bien, así me gusta,  
darle, darle á la tijera,  
caiga el que caiga, chiquillas.  
el criticar me deleita.
- LUI. ¡Hay cada niña en la clase!
- CLAR. Sus familias las enseñan  
son amaneradas, necias,  
no tienen conversación,  
y es lo que me más exaspera.  
Yo no quiero gente muda  
á mi alrededor, ¡qué pena!  
Y qué, ¿no me decís nada,  
y estáis las tres ahí tan tiasas?
- SOFI. Si tú te lo dices todo.
- PACA. No se te acaba la cuerda.
- CLAR. ¡Vaya, es que vais á enojaros!  
¡Pues ya mi pico se cierra!  
¡Anda; ya se me olvidaba!
- LUI. ¡Ya escampa!
- SOFI. ¡Jesús qué pelma!
- CLAR. Trae el profesor de idiomas...  
una levita...
- PACA. ¿Qué, nueva?
- CLAR. Nuevecita; y lentes de oro.
- LUI. (Idem á Paca.) ¡Pá que veas!
- SOFI. ¡Pa que veas! (A Luisa)
- CLAR. No escapa á su doble vista  
nada, pero no me inquieta;  
respondo á cuanto pregunte.

SOFI. ¡Lo creo!

PACA. Por ti no queda.

CLAB. Es que fuera vergonzoso  
ante tan gran concurrencia,  
ante tribunal tan digno...

LUI. (Aparte) ¡Ya escampa!

SOFI. (Aparte) Discurso en puerta.

PACA. Lo mejor es escapar. (A las otras.)

LUI. Justo, ¡qué buena ocurrencia!

SOFI. Sigue, sigue perorando... (Vase.)

PACA. Adiós, hija... (Vase)

LUI. Hasta la vuelta...

(Se despiden las tres cómicamente y la dejan.)

CLAB. Me quedo sola; ¡mejor!  
así de mi bombonera  
saco bombones, los como  
y no las doy por tontuelas...  
¿Qué hablo mucho? ¡Presumidas!  
y envidiosas... ¡Pues es buena!  
¿Callar yo? ¡Tendría gracia!  
No, no; para eso es la lengua.  
¿Quién es aquélla que viene  
tan mal vestida? ¡Es Carmela!  
¡Pobre niña! yo no sé  
con qué cara se presenta  
en el gran salón de examen  
donde hay tanta concurrencia,  
y tan ilustres familias,  
y tantísima riqueza.  
La ignorancia es atrevida,  
como dice mi tía Tecla.  
¡Es valor de criatura!  
¡Aquí está! ¡Pobre Carmela!

ESCENA III

CLARA y CARMELA

- CAR. ¡Buenas tardes!
- CLAR. ¡Buenas tardes!  
(Aparte.) ¡Me como un bombón! que aprenda,  
y no la doy, ¡qué se chinche!
- CAR. (Aparte.) ¡Qué orgullosa! En fin, paciencia.  
Mi madre en este Colegio  
quiere tenerme y que aprenda,  
y todas son más que yo  
y siempre así me avergüenzan.
- CLAR. ¿Y te atreves á venir  
por la banda de honor, NENA?
- CAR. Y si no me presentase  
por cobarde me tuvieran.
- CLAR. Te cortas en cuanto salgas,  
te haces un taco, te enredas,  
y sales haciendo fú...  
como el gato...; ¡qué chicuela!
- CAR. Hay una Virgen del Carmen  
que ampara á quien la venera,  
y á la Virgen la he pedido  
que esta tarde me proteja.
- CLAR. Pues con todo, no te fíes,  
hay quien te da á ti cien vueltas  
y son más listas que tú  
y tienen mejor cabeza.
- CAR. Superiôres á mí sois  
en todo; pero á esta fiesta,

como buena colegiala,  
debo acudir la primera.  
Si el premio alguna lográis  
yo me pondré muy contenta,  
que sólo bien os deseo.

CLAR. (Aparte.) Que te compre quien te crea.  
En fin, para terminar,  
ten la firme inteligencia  
que la banda es para mí.

CAR. Pues te doy la enhorabuena.

CLAR. Soy rica, y con oro todo  
se alcanza, ¿sabes, Carmela?,  
y estoy muy acostumbrada  
á tener cuanto quisiera;  
así es que, como mis padres  
ningún capricho me niegan,  
quiero la banda y la obtengo.

CAR. Si la ganas.

CLAR. Con quererla.

CAR. Veremos, que aunque ser rica  
te dé cuanto tú pretendas,  
hay cosas que con el oro  
no se alcanzan.

CLAR. ¡Habrás necia!  
Mira, cállate; me pones  
fuera de quicio; si fuera...  
Si no me valiese más  
que darte un revés...

CAR. Tú prueba.

CLAR. Porque eres mayor que yo.

CAR. El pegar es cosa fea;  
si tú me alzases la mano...  
bajaría la cabeza.

CLAR. (Aparte.) ¡Qué iba yo á hacer, qué tontuna!

¡qué demonio de chicuela!  
Con su humildad me desarma...  
Me voy con mis compañeras.  
(Vase.)

## ESCENA IV

### CARMELA

Nada les hago, ¡ay de mí!  
Me dan cada sofocón...;  
nadie me tiene afección  
más que Rosita; esa sí  
la más noble, que es duquesa,  
la más rica y elegante,  
esa me habla tan campante  
y hasta me abraza y me besa.  
Yo no sé qué diera yo  
por poder así pagar  
lo bien que sabe tratar  
á la que pobre nació.

(Escuchando.)

Qué incesante ir y venir...  
Formado está el tribunal...  
¡Dios mío, si salgo mal  
cómo se van á reír!

(Se arrodilla ante la imagen de la Virgen.)

A ti, Virgen adorada,  
día y noche te aclamamos,  
ante ti nos prosternamos,  
y fija en ti la mirada,  
pedimos en la aflicción  
lo mismo que en la alegría,

que seas, Virgen María,  
siempre nuestra salvación.

(Al acabar el último verso aparecen por el foro Clara, Luisa, Paca y Sofía burlándose de ella.)

## ESCENA V

CARMELA, LUISA, PACA, CLARA y SOFÍA

- CLAR. ¡Mirad qué miedo  
tiene la pobre!
- PACA. Reza hija, reza,  
que Dios no te oye.
- SOFI. ¿Tú ganar premio?
- LUI. ¡Lástima!
- PACA. ¡Pobre!
- CLAR. No te compongas...
- SOFI. No te ilusiones...
- CLAR. No sabes nada...
- PACA. Vas hecha un drope...
- CLAR. Debes largarte  
sin que lo noten.
- PACA. Con ese traje  
vas á dar golpe...
- SOFI. ¡Pobre muchachal
- LUI. ¡Pero qué pobre!
- CAR. Pero, ¡Dios mío,  
que esto soporte! (Llora.)
- CLAR. ¡Qué delicada!
- SOFI. ¡No, hija, no llores!...
- (Las cuatro la rodean, burlándose de ella.)

ESCENA VI

DICHAS y ROSA, por el foro

- ROSA. ¿Qué es eso, por qué os gozáis  
en molestar á Carmela?  
Eso ni es digno, ni es noble,  
ni de buenas compañeras.
- CLAR. ¡Tiene una cara tan triste!
- SOFI. Que parece que la pegan...
- PACA. O se la ha muerto el gato...
- ROSA. Callad y marchaos fuera.
- CLAR. ¿Quién lo manda?
- ROSA. Yo lo ordeno,  
y ay de la que no obedezca...
- LUI. ¡Pues no tiene pocos humos!...
- CLAR. ¡Como hija de una duquesa!  
(Vanse las cuatro.)
- CAR. Gracias, Rosa, muchas gracias,  
por defenderme de aquellas  
que me hicieron sufrir mucho.
- ROSA. No llores, que me da pena.
- CAR. Soy la más pobre de todas  
y por eso me desdeñan...
- ROSA. Yo te defiendo, y te quiero.
- CAR. Es porque tú eres muy buena.  
Tú nunca tuviste orgullo,  
y si en la calle me encuentras  
bajas del lujoso coche  
que soberbio blasón muestra,  
y me prodigas caricias  
llenas de efusión tan tierna,  
que me avergüenza ser pobre.

- ROSA. El ser pobre no es vergüenza,  
que á veces en un ser pobre  
la mejor alma se encuentra,  
y el débil en el más fuerte  
es donde ha de hallar defensa.
- CAR. Yo comprendo que mi traje  
de los vuestros se despega...
- ROSA. Pero vas limpia y no sabes  
lo que vale la limpieza.  
Ahora te pongo esto al cuello.
- CAR. ¿Cómo, tan linda cadena?
- ROSA. Para ti, te la regalo  
para lucirla en la fiesta.
- CAR. ¿Qué haré yo por demostrarte  
mi gratitud?
- ROSA. Bueno fuera...  
no hablemos de tales cosas  
porque no valen la pena.  
¿Me quieres?
- CAR. Te quiero mucho.
- ROSA. Pues ya me tienes contenta.  
¿Y tu madre?
- CAR. Está ahí abajo;  
frente al colegio me espera...  
Como es pobre, entre los ricos...  
es natural... no se encuentra...  
y en el salón me parece  
que no hay sitio para ella.
-

## ESCENA VII

ROSA, CARMELA y ROSARIO

- ROS. Rosa, Rosa, ven ligera,  
llegó tu turno; te llaman,  
ROSA. Voy volando. Hasta después...  
CAR. Que Dios te proteja; anda.  
(Vase Rosa seguida de Rosario.)  
CAR. Voy á asomarme al balcón;  
madre me espera con ansias,  
la echo un beso, y ya se queda  
tan tranquila hasta que salga.  
(Vase segundo término izquierda).

## ESCENA VIII

CLARA, PACA, LUISA, SOFIA y después CARMELA

- CLAR. Has estado muy cortada. (A Luisa).  
LUI. Tú no dijistes palabra.  
CLAR. Ni tú distes pie con bola.  
SOFI. Ni estuvistes tú acertada.  
PACA. Me salió mala lección.  
CLAR. También me salió á mi mala.  
SOFI. No he llorado por vergüenza.  
CLAR. Y yo.  
LUI. Y yo.  
PACA. ¡Tengo una rabia!  
LUI. Por mirar á tu mamá  
tú te azoraste...

- SOFI. ¡Ahí es nada!  
¡Pues poca gente que había!
- CLAR. Sí, buena estaba la sala.
- PACA. ¡Tú estabas como un tomate!
- LUI. ¡Tú lo mismo que la grana!
- SOFI. Y tú ronca...
- CLAR. Parecía  
que apretaban mi garganta.
- PACA. ¡Y yo que estaba tan huecal!
- LUI. ¡Y yo que estaba tan ancha!
- CLAR. ¡Y yo que estaba segura  
que el premio de honor ganaba!
- CAB. (Entrando).  
La miré, nos sonreímos,  
¡Qué ventura es tener madre!  
queda contenta, me aguarda...  
¡qué ventura es tener madre  
para quererla y honrarla!

## ESCENA IX

DICHAS, ROSARIO; luego ROSA

- Ros. ¡Chiquillas, vaya un examen!  
Rosa sublime, gallarda,  
contestando bien y pronto  
á cuanto la preguntaban.
- CAB. ¡Qué dicha, cuanto me place;  
qué noticias traes más gratas!  
Me alegro, que quiero á Rosa  
como si fuese mi hermana.
- Ros. Aquí está... ¡Mirad qué huecal

- CAR. Rosa, Rosa de mi alma. (La abraza.)  
¡El premio de honor es tuyo!
- ROSA. ¡No, Carmela, que tú faltas;  
y aunque mi examen fué bueno,  
yo acaricio la esperanza  
que ha de ser mejor el tuyo,  
y lo deseo con ansia!

## ESCENA X

DICHAS y TERESA

- TERE. Carmela, llegó el instante,  
el tribunal te ha llamado.
- ROS. No tengas ningún cuidado;  
ánimo, pues, y adelante.
- CAR. Sólo en la Virgen confío  
y de ella todo lo espero,  
á no tener gusto propio...  
¡En trance tan duro y fiero  
no me abandonéis, Dios mío!  
(Vase.)
- CLAR. ¡Ja, Ja!...
- ROSA. ¡Basta de reir!  
En momentos de amargura  
no hay ninguna criatura  
que goce viendo sufrir.  
Mientras se examina, estar  
oyendo cuanto conteste...  
Id todas, mi sitio es éste.
- CLAR. Vamos, que se va á enfadar.  
(Vanse todas menos Rosa.)

ROSA. ¡Cuánta fuera mi gloria  
si al fin lograrse  
el premio de honor ella  
que es honor grande!  
Pobre es la niña  
y tan bello diploma  
la enriquecía.  
Para los que soberbios  
al pobre tratan  
y gozosos le humillan  
con fiera saña,  
gran lección fuera  
ver que venció el talento,  
no la riqueza.  
Esos seres que tienen  
gran despotismo,  
que nunca conocieron  
lo que es cariño,  
pena me causan  
porque, tarde ó temprano,  
su imperio acaba.  
Todos necesitamos  
unos de otros,  
y hacer bien es tan noble  
que causa gozo.  
Y una acción buena,  
Dios, que á todos nos juzga,  
siempre la premia.  
(Al terminar el último verso se oyen dentro grandes aplausos.)

## ESCENA XI

ROSA y ROSARIO.

- ROSA. ¿Calle, qué es eso? ¡Si, aplauden!  
Y hay gran murmullo en la sala.  
¿Qué ocasionará ese ruido?  
Quisiera saber qué pasa.
- ROS. ¡Gran victoria!
- ROSA. ¿Qué sucede?
- ROS. La gente está estusiamada.  
Carmela...
- ROSA. Di qué ha ocurrido.  
Pronto, por favor, acaba.
- ROS. Hizo tan brillante examen,  
que el Tribunal la proclama  
en pleno digna acreedora  
de concederla la banda.
- ROSA. ¡Qué alegría! Pero ven;  
dime sólo una palabra;  
dime cómo contestó;  
dime si estuvo turbada.
- ROS. Verás. Entró y, saludando  
al tribunal y á la sala,  
quedó ante los profesores  
esperando á que la hablaran.  
Con firmeza contestó,  
sin vacilar, con voz clara,  
admirando á todo el mundo  
por su dulzura y su gracia.  
Muchas fueron las preguntas,  
difíciles, arriesgadas,

pero á todas con aplomo  
contestó la colegiala.  
Y al ver tan brillante examen,  
el tribunal se levanta  
hace que llegue hasta ellos  
después de felicitarla,  
y prodigando á Carmela  
elogios mil que la ensalzan,  
en su noble pecho pone  
como gran premio la banda.  
Todas las manos aplauden  
ante el acto, que entusiasmo,  
y todos la felicitan  
y todos son á admirarla.  
Y mira, las compañeras  
que antes de ella se mofaban,  
en triunfo hasta aquí la traen,  
y una tras otra la abrazan.

## ESCENA ULTIMA

- ROSA. ¡Ven aquí y aprieta firme!  
CAR. Se que cual nadie te alegras.  
¡Tal distinción no merezco.  
ROSA. ¡Así tu talento premian!  
CLARA. Rosa, cómprame un talento  
como el que tiene Carmela...  
ROSA. Ese talento, Clarita, le da Dios,  
no hay quien le venda.  
Y mirad, la más humilde  
la banda de honor ostenta,  
que si nobles somos todas,

reina es ella de la fiesta  
Para Dios no hay jerarquías,  
lo que es bueno, aquello premia,  
y el talento y el trabajo  
son las mejores riquezas.

TELON

LAS

# **Turcas de Gonzalito**

Capricho Dramático para cuatro niños

EN UN ACTO Y EN VERSO

Original de

F. PI y ARSUAGA



## PERSONAJES

---

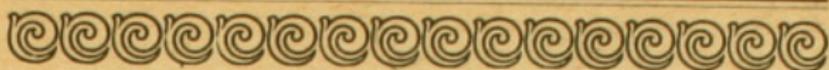
GONZALO (catorce años).

LUIS (amigo de Gonzalo, quince años).

DON JUAN (padre de Gonzalo, sesenta y ocho años).

ENRIQUE (amigo de D. Juan, cincuenta años).

**Época actual**



## ACTO ÚNICO

### DECORACIÓN

Sala desmantelada. Puertas al foro y laterales

### ESCENA PRIMERA

LUIS. Aun no ha venido Gonzalo,  
y mucho en verdad lo siento.  
¡Es grande mi aburrimiento!  
Lejos de él me siento malo.  
Y es que él, es mi diversión:  
me alegra con sus locuras,  
y en hacerle hacer diabluras  
hallo grata distracción.  
Buen jerez le hago empinar  
(Indicando con la mano la actitud de beber).  
hasta que pierde la idea.  
Entonces se tambalea  
y comienza á desbarrar.  
Yo lo incomodo, le excito,

y río cuando lo escucho.  
A mí me divierten mucho  
Las turcas de Gonzalito.  
A propósito. Ahora voy  
por un frasco, mientras viene,  
Divertirme me conviene.  
Pronto de vuelta aquí estoy.  
(Vase corriendo).

## ESCENA II

DON JUAN, apoyado en un bastón, y ENRIQUE salen por una de las puertas laterales y hablan como si continuasen una conversación comenzada antes de salir á la escena.

JUAN. Mi situación es terrible.

ENRIQ. Demasiado lo comprendo;  
pero tú siquiera tienes  
un hijo que es tu consuelo.  
Eras hace poco rico,  
gastabas caudal inmenso,  
y se te veía siempre  
por teatros y por paseos.  
Podías hacerlo así,  
y no te acuso por ello:  
más fueron mal tus negocios,  
concluyó al cabo tu crédito,  
y Loy te ves en la miseria  
sin que al mal halles remedio.  
Pero á pesar de tu suerte,  
que con el alma lamento,

eres aun, Juan, muy feliz  
si á mí te comparas.

JUAN (Con resignación) Bueno:  
si tú te empeñas...

ENRIQ. No tal.

Que eres más feliz sostengo,  
porque tu Gonzalo es listo,  
un verdadero talento,  
y te servirá de mucho  
en este caso.

JUAN. (Con mal humor) Lo creo.

ENRIQ. Estudió latín, francés,  
inglés, italiano y griego;  
entiende de matemáticas...  
de modo que no comprendo  
cómo confianza no tienes  
en su porvenir espléndido,  
como el que á tu hijo aseguran  
sus muchos conocimientos.  
Yo en cambio. como tú, anciano,  
y lo mismo que tú, enfermo,  
sé que de mis tristes horas  
hasta el último momento  
he de vivir miserable  
con un secundario empleo  
que da á mis necesidades  
un modestísimo sueldo,  
mezquino para llenarlas,  
para distraerlas, pequeño.  
Tu hijo hallará muy pronto  
donde demostrar su mérito,  
y todas las oficinas  
le harán mil ofrecimientos.

JUAN. ¡Mi hijo! ¡Pobre Gonzalo!

No sabes cuánto padezco.  
Mira: muchos años hace  
que los dos nos conocemos.  
Para tí siempre he tenido  
el corazón leal abierto.  
En mis negocios, Enrique,  
contigo he sido sincero;  
pero á pesar del cariño  
que yo siempre te profeso,  
á pesar de que yo nunca  
te he ocultado ni deseos,  
ni esperanzas, ni ilusiones,  
ni planes, ni sufrimientos,  
he guardado para tí,  
cediendo al amor paterno,  
con sigilosa ansiedad,  
en el fondo de mi pecho,  
una confianza horrible,  
un misterioso secreto,  
que hoy al verme en la miseria,  
y al escuchar tu argumento  
para combatir dolores  
que audaces anida al pecho,  
voy, Enrique, á descubrirte.  
Gonzalo es de fondo bueno,  
tiene noble el corazón,  
es estudioso, es discreto,  
podría ser á mis años  
una esperanza á mi anhelo.  
Pero á Gonzalo le pierde  
un vergonzoso defecto,  
un vicio que le hace odioso,  
vicio execrable y funesto  
que fatal iguala al hombre

á los seres más abyectos,  
vicio que la luz extingue  
del divino entendimiento  
convirtiendo al hombre en fiera.

ENRIQ. ¿Bebe mucho?

JUAN. Con exceso.

ENRIQ. Entonces, hombre perdido:  
pero ten calma y hablemos.  
¿Crees imposible en Gonzalo  
corregir vicio tan feo?

JUAN. Enrique, no imposible  
lograr su arrepentimiento;  
más que se enmiende del todo,  
difícil lo considero.

Mil veces ya le he reñido,  
y con colores bien negros  
su desgracia le he pintado.  
y mil implacable y fiero  
le he amenazado, mas nada  
han logrado mis deseos.  
Al escuchar mis regaños  
me ha combatido discreto,  
y la vergüenza ha tendido  
en su frente el rojo velo,  
y se ha corregido, sí;  
por un día, por momentos;  
más después con nueva furia  
á sus locuras ha vuelto.

ENRIQ. ¿Cómo empezó esa afición  
teniendo un padre perfecto,  
que ayer fué constante guía  
y hoy le da santos ejemplos?

JUAN. Ese amigo Luis, que tiene,  
es quien le pierde indiscreto.

Es el tal rico, ignorante,  
como ignorante, soberbio,  
y toda su diversión,  
todo su entretenimiento,  
en embriagar á Gonzalo  
consiste. Favores debo,  
que jamás olvidaré,  
de Luis al padre opulento;  
y sólo por tal motivo  
á niño que así aborrezco  
de mi casa no he arrojado  
hace muchísimo tiempo.

ENRIQ. ¿Seguro estás de que Luis  
eso hace?

JUAN. Con gran despego  
y descoco inimitable  
le oí decir hace un momento,  
entre alegres carcajadas  
que insultos me parecieron:  
Las turcas de Gonzalito  
me divierten en extremo.

ENRIQ. Pues, Juan, tu doble desgracia  
con el alma entera siento;  
y ya que en nada aliviarte  
para mi desdicha puedo,  
deseándote mejor suerte  
con amargura te dejo.  
Ya sabes mi situación,  
ver tus dolores no quiero  
Adiós. Sé feliz.

JUAN. Adiós.

Tus palabras agradezco. (Vase Enrique.)

ESCENA III

DON JUAN

Ya ningún remedio alcanza  
mi pobreza á remediar.  
Ya no puedo ni alentar  
la más remota esperanza.  
Todos se apartan de mí,  
ningún consuelo me queda.  
No es posible que yo pueda  
vivir mucho tiempo así.  
No podré en mi triste suerte  
sobrevivir á este afán;  
mis horas rápidas van,  
cercana siento la muerte.  
Tiembla el débil corazón.  
Mi hijo viene. El que podría  
ser mi dicha y mi alegría,  
causará mi perdición.

ESCENA IV

DON JUAN y GONZALO

JUAN. ¿Vienes cual siempre, turbado?

GONZ. Padre mío, no seas cruel.

JUAN. Si al amor fueses más fiel  
de quien la vida te ha dado,  
en obedecer propicio  
fueras á este pobre viejo,  
y siguiendo mi consejo

corregirías tu vicio.  
Mi muerte pronto se acerca.  
Su mal puedes combatir,  
pues tú puedes extinguir  
la miseria que nos cerca.  
Es en ti mucha impiedad,  
que censuro aunque te adore,  
lanzarme á que anciano implore  
la pública caridad.  
Tu conducta morigera.  
No te embriaguez de ese modo,  
pues que inútil para todo  
te hace tu afán, considera.  
Ve próximo el cataclismo  
que produce tu descoco,  
y apártate de quien loco  
te precipita al abismo.  
Si Luis fuese más honrado,  
al mal no te lanzaría,  
y consejos te daría  
para matar tu pecado;  
peró él, aunque en nada acierte,  
cree sus goces infinitos,  
alienta tus apetitos  
y contigo se divierte.  
Modera tu proceder,  
mira por tu conveniencia,  
por prolongar la existencia  
de quien á tí te dió el ser.

GONZ. De este mundo en la vil feria,  
de tu amor á los destellos,  
con mis vicios ó sin ellos  
haré frente á tu miseria.

JUAN. No con ellos, hijo mío.

Mi amonestación te exalta:  
si no corriges tu falta,  
inútil es que bravío  
lances al mundo ese reto.  
Tu vicio has de moderar.

GONZ. (Con resolución.) Jamás volveré á faltar.

JUAN. ¿Lo prometes?

GONZ. Lo prometo.

JUAN. No por salir del apuro  
me ofrezcas tu corrección.  
Habla con el corazón.

GONZ. Padre mío, te lo juro.

JUAN. Tu franco arrepentimiento  
acepto si es decidido.

GONZ. Mui pronto verás cumplido  
este leal ofrecimiento.

JUAN. Si así tu juicio te aparta  
de ese vicio que abomino,  
yo sabré abrirte camino.  
Voy á escribir una carta.  
(Vase apoyado en el bastón.)

## ESCENA V

### GONZALO

Tiene mi padre razón.  
No halla á mi vicio disculpa (pausa.)  
Ese Luis tiene la culpa  
di mi torpe aberración.  
Que soy débil bien se advierte.  
Luis con mi flaqueza cuenta,  
y en mi defecto me alienta;  
pero hoy sabré hacerme el fuerte.

ESCENA VI

GONZALO y LUIS, con una botella. Entra sin ser visto por Gonzalo.

LUIS. (Dando en el hombro á Gonzalo.)

¿Qué te preocupa, Gonzalo?

Te encuentro muy pensativo.

GONZ. (Mal humorado.) ¿Me quieres dejar en paz?

LUIS. (Mostrándole la botella.)

¿Quieres un poco de vino?

GONZ. Nada quiero. Vete pronto.

Eres, Luis, un mal amigo

LUIS. ¿Mal amigo? (Riendo) ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

Muy temprano la has cogido.

GONZ. Si me quisieras de veras,

¿me incitarías al vicio?

LUIS. ¡Bah! ¿Te has vuelto moralista?

Me haces mucha gracia, chico.

GONZ. Vete pronto.

LUIS. Tu lenguaje

francamente no me explico.

Vamos, voy á hablarte en serio.

Sé más sincero conmigo.

Gonzalo, lo que te pasa

que me relates te exijo.

Sé franco. ¿Estás disgustado?

¿Qué es lo que te ha sucedido?

GONZ. Me ha regañado mi padre,

y benévolo me ha dicho

que mal podré remediar

la pobreza en que vivimos,

si bebiendo tontamente  
para el bien me inutilizo;  
que buscar un buen empleo  
sin perder tiempo es preciso,  
y que nadie ha de admitirme,  
de su oficina al servicio  
si no me hago más sensato  
y mis defectos corrijo;  
que quien abjura, cual yo,  
de su razón, es un pillo,  
un ser que al desprecio sólo  
se hace acreedor. Yo, sumiso,  
sincero arrepentimiento  
con lealtad le he prometido.  
Ya ves que estoy en el caso  
de tener prudencia y juicio.  
Mi padre está enfermo y pobre  
y debo ser un buen hijo.  
Antes él tenía salud,  
y era á más sobrado rico,  
y estas dos cosas hacían  
más disculpables mis vicios;  
pero hoy le debo mi apoyo,  
y no dárselo es inicuo.

LUIS. Te encuentro regenerado.  
Piensas bien. Yo te apadrino  
en tus bellas intenciones.  
Te ayudaré; más preciso  
es que al cabo despedamos  
de un modo á sus goces digno  
esta vida de embriaguez  
y de placer libertino.  
(A la botella, y exaltándose por momentos.)  
¡Tú serás, jerez sublime,

tú serás, jerez magnífico,  
el último que remojas  
los labios enaldecidos  
de estos jóvenes amables,  
bondadosos y sencillos!  
¡Adios, jerez de mi vida,  
adios, jerez exquisito!  
Si después que nuestros cuerpos  
hayas loco recorrido  
te encuentras al fabricante,  
dile en angustiosos gritos:  
«No fabriques más, hermano,  
no embotelles más tu vino:  
se hará viejo en tu bodega;  
que los que te han consumido  
tantas botellas, no beben  
porque ya son buenos chicos.»  
(A Gonzalo) ¿Con que aceptas?

GONZ. Aceptado.

por última vez.

LUIS. ¡Divino!  
Pues vamos á comenzar.

GONZ. Pimplaremos de lo lido.  
Pero vamos á mi cuarto,  
que aquí podemos ser vistos.  
(Le quita la botella.)

LUIS. Pues en marcha.

GONZ. En marcha ya. (Vase.)

LUIS. Al fin y al cabo ha caído.  
(Asomándose á la puerta.)  
¡Cómo bebe! ¡Cómo bebe!  
Antes de llegar al sitio  
del suceso, va á dejar  
el frasco entero vacío.

(Riendo.) A mí me divierten mucho  
Las turcas de Gonzalito. (Vase.)

## ESCENA VII

DON JUAN, y ENRIQUE disfrazado.

Don Juan entra por una de las puertas laterales. Enrique por el fondo. D. Juan mira atentamente al recién llegado.

ENRIQ. Buenas tardes, caballero.

JUAN. Buenas tardes, (Áp.) (No adivino  
quién será este buen señor.)  
Siéntese. (Ofreciéndole una silla.)

ENRIQ.— Con su permiso. (Se sienta.)

JUAN. ¿Puedo saber á que debo  
el honor de haberle visto?

ENRIQ. Voy á explicarme, don Juan.

JUAN. Hable usted, que ya le oigo.

ENRIQ. Por desgraciados sucesos  
que saber no necesito,  
ha perdido usted sus bienes.  
Esto es lo que me han dicho.  
Pues bien, yo soy un banquero  
en Madrid muy conocido;  
y sabiendo que usted tiene  
un hijo, muchacho listo,  
que sabe muchos idiomas,  
y es honrado y tiene juicio,  
aquí vengo á usted á pedirle  
se digne darle permiso  
para que con sueldo holgado

á Madrid venga conmigo.  
Puede usted venir con él.  
Hará suerte el pobre niño.  
Hoy será comisionista;  
y si un día en tal servicio  
se distingue cual deseo,  
sabré hacerle socio mío.  
No extrañe usted mi largueza.  
Ya explicaré los motivos  
que me hacen ser con ustedes  
magnánimo.

JUAN. No me explico  
tanto favor, caballero.  
¿Cómo pagar?.....

ENRIQ. Yo no admito  
al obrar de esta manera  
ni disculpas ni cumplidos.  
Pero llame usted al joven.

JUAN. (Desde la puerta.) ¡Gonzalito! ¡Gonzalito!

ENRIQ. Posible es que esté ocupado.

JUAN. No. (Llamando.) Gonzalo. ¡Qué chiquillo!  
Mas ya viene. (Ap.) ¡Y cómo viene!  
¡Compadéceme, Dios mío!

## ESCENA VIII

DICHOS, GONZALO y LUIS

Gonzalo viene tambaleándose en los brazos de Luis

LUIS. Le traigo yo, que soy ducho  
en dirigir á un borracho.  
No puede andar el muchacho

- y eso que hoy no bebió mucho.
- GONZ. (Cayéndose y aguardentoso.)  
¿Qué es lo que miro?...¿Qué veo?...  
Yo conozco á este señor...  
Sí, es el mismo... El agnador...  
(Escarándose con Enrique.)  
¡Pues no es usted poco feo!...  
(Luis le suelta. Gonzalo da unos cuantos trapiés y cae junto á la puerta.)
- ENRIQ. ¿Es quien viene de tal modo?  
Pues señor, me voy turbado.  
Yo pretendo á un hombre honrado  
no á un miserable beodo.
- JUAN. (Por Gonzalo.) Desprecio su furia loca,  
le odio aunque no le cuadre;  
(Con desesperación.)  
que un hijo nunca á su padre  
le arranca el pan de la boca.  
Ya mi corazón comienza  
á sentir lo que te amó:  
tú ya no eres mi hijo, no.  
Llamártelo me avergüenza.  
(Gonzalo va levantándose lentamente, y mira á su padre con los ojos desmesuradamente abiertos. Después, vacilante, se arroja en brazos de D. Juan y llora amargamente.)
- GONZ. Tiene razón, padre mío,  
soy un sér abominable.
- LUIS. (Llevándose el pañuelo á los ojos.)  
Yo soy muy impresionable.
- JUAN. (A Gonzalo.) Ese llanto es ya tardío.
- GONZ. Despierto á tal impresión,  
fuerza es que todo lo entienda.  
La más fervorosa enmienda

- te ofrece mi corazón.
- JUAN. Inútil es tu deseo,  
de tal manera al venir.  
Gonzalo, tu porvenir  
has perdido con tu empleo.  
(Señala á Enrique.)
- GONZ. (Mira atentamente á Enrique.)  
Admítame usted, señor,  
no me niegue usted su amparo.  
Ya soy bueno, ya veo claro.  
Verá usted, mi bienhechor,  
si depone sus enojos,  
como á la virtud me entrego. (Supl'cáudo  
¡Por mi padre se lo ruego,  
á sus pies puesto de hinojos! (Se arrodia la
- ENRIQ. Fuerza es que al cabo me explique,  
y sea franco y sincero.  
Yo no soy ningún banquero.  
Ved quien soy.  
(Se quita lo que const'ituye el disfraz )
- JUAN. (Sorprendido.) ¡Enrique!
- GONZ. (Idem ) ¡Enrique!
- ENRIQ. (A Gonzalo.) Acaso haya sido cruel.  
Sólo intenté prepararte.  
Vendrá hoy el que ha de salvarte;  
yo he ensayado su papel.  
(A todos.) Y logro la conclusión  
de plan que no ha sido malo,  
pues al pobre de Gonzalo  
he dado buena lección.  
Cuando venga vuestro amigo,  
(A Gonzalo.) el que á tí te ha de salvar,  
con él te habrás de portar  
de otro modo que conmigo.

- GONZ. ¿Quién es?  
ENRIQ. Ya lo sabrás.  
JUAN. (A Enrique.) Tu proceder es hermoso.  
GONZ. Desde hoy seré muy virtuoso,  
y no beberé jamás.  
LUIS. Yo también hoy me arrepiento.  
(A Gonzalo) Del mal te indemnizaré;  
tu discípulo seré,  
pues afán de saber siento  
GONZ. Mi alma constante te aprecia,  
á enseñarte me acomodo.  
JUAN. Nunca olvides que el beodo  
todo el mundo le desprecia.  
GONZ. Contra el pasado me irrito  
(A D. Juan) Cece, pues, ya tu dolor.  
LUIS. Me están causando rubor  
Las turcas de Gonzalito. (Telón)

FIN

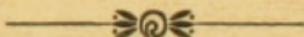
EL  
TAPETE VERDE

Comedia para cuatro niños

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

F. PI y ARSUAGA



## PERSONAJES

---

BALTASAR (14 años,) hijo de  
DON ROMÁN tío de  
DIEGO (15 años).  
DON JENARO.

**Época actual**



## ACTO UNICO

---

Decoración: Un cuartito modestamente amueblado. Una mesa, varias sillas. Otra mesita pequeña con una caja larga, negra y con tapa de cristal. En el fondo de esta caja algunas alhajas. Distribuidos convenientemente varios instrumentos, propios del oficio de platero. Algunos libros y una baraja.

### ESCENA PRIMERA

BALTASAR

(Al levantarse el telón parece sentado junto á la mesa y con una baraja en la mano. Dos cartas sobre la mesa.)

BALTAS. Hoy estoy de buena suerte.

(Apuntando.) Apunto á la sota.

(Volviendo las cartas y con alegría.) ¡Sota!

No me falta ni una carta.

Esto es bueno. Veamos otra.

(Recoge todas las cartas, las baraja precipitadamente y echa dos descubiertas sobre la mesa.)

El siete de oros y el tres.

Vaya al tres mi dicha toda.  
(Sacando cartas) Rey, caballo, sota, dos,  
cinco. (Con alegría) ¡Tres! ¡Esto es la gloria!  
No hay duda, hoy hago negocio.  
Mi propia suerte me asombra.  
Con esta combinación,  
que he inventado á última hora,  
me llevo todo el dinero  
de que esos chicos dispongan.  
Si una carta se repite  
con frecuencia, se coloca  
en ella el dinero todo,  
porque su salida es cosa  
tan clara como la luz.  
El rey *se da* é todas horas;  
pues al rey se pone siempre.  
Si la suerte se trastorna  
y no se logra acertar,  
siempre la apuesta se dobla,  
y uno no ha de equivocarse  
tantas veces. Al fin brota  
por primera vez la dicha  
junto á mí. Ya juguetona  
me acaricia y me sonríe.  
Soy feliz; mi alma dichosa  
contempla al fin anhelante  
cumplida su ambición loca.  
Seré rico. Yo no quiero  
llevar la vida azarosa  
que arrastra mi pobre padre.  
Ser platero es una broma;  
es el oficio sin duda  
que más me carga y enoja.  
El carrera quiere darme,

como á mi primo. Me encona  
este afán por las carreras.  
La que yo escojo es bien corta.  
Un rato de buena suerte,  
y está ya hecha. Rebosa  
mi corazón de alegría. (Paus .)  
Estoy reparando ahora  
en que el bolsillo está exhausto  
y que, aunque suerte me sobra,  
por falta de algunos duros  
voy á perder tan hermosa  
ocasión de hacerme rico.  
La realidad me destroza  
cuantas bellas ilusiones  
mi fantasía se forja.  
¡Dinero! ¡Triste palabra!  
Se desea y no se logra  
llegarle á poseer. Tras él  
la humanidad ambiciosa  
corre y corre eternamente;  
más él la avaricia doma,  
negándose á los afanes  
de quien así le ambiciona.  
¡Dinero! Por no tenerlo  
mis ojos con pena lloran.  
¡Yo, que podría ser tanto,  
es fuerza que poco escoja!  
¿De qué me sirves, fortuna,  
de qué, suerte veleidosa,  
si por no tener dinero  
mi esperanza desmoronan  
del mundo las realidades,  
que con impiedad me acosan?  
(Vacilando.) ¡Si alguno me lo prestas !

Por un día... por una hora...

Yo podría devolvérselo  
en seguida, que hoy corona  
de seguro el mejor éxito  
mis planes. (De pronto) ¡Qué luminosa  
idea! Aquí hay mil alhajas.

(Se acerca á la caja.)

(Deteniéndose.) Pero ¿qué es lo que sonroja  
mi frente? ¡Bah! Cojo una.

(Cogiendo una sortija )

Esta sortija es muy mona.  
Me voy, juego, gano, vuelvo,  
la coloco, y nadie nota  
que un momento de ahí faltó.  
Va todo á pedir de boca.

(Se detiene un momento asustado; después guarda la sortija  
precipitadamente y se sienta. Abre un libro y hace que lee )

## ESCENA II.

D. ROMÁN y BALTASAR

(D. Román entra vestido con un largo chaquetón y un bonete.)

D. ROM. ¿Qué haces?

BALTAS. Estoy estudiando.

D. ROM. Estás hecho buena alhaja.

¿Y qué es esto? (Reparando en las cartas.)

BALTAS. Una baraja.

D. ROM. Pasas la vida jugando.

BALTAS. Mis ocios por distraer,  
pues ya acabé de estudiar  
las cartas á barajar  
me puse.

D. ROM. ¡Grave que hacer!

BALTAS. No he hecho más que un solitario,  
y ni he pasado un momento.

D. ROM. Pues ese entretenimiento  
no es, Baltasar, necesario.  
Esa perversa afición  
que demuestras hacia el juego  
debes, hijo, desde luego  
contener sin compasión.  
¿Tú sabes á dónde lleva  
ese barajar sin tino?  
Mira más por tu destino.  
Que tu corazón se mueva  
hacia mejores afanes;  
piensa en otras distracciones;  
despierta otras aficiones,  
y proponte, hijo, otros planes.  
Eso de sólo pensar  
dónde has de poner la sota...  
tu mente ofusca y embota,  
y te ciega, Baltasar.  
Horror me da tu manía,  
pues á muchos ella pierde.  
¡Ojalá el tapete verde  
no te aprisionase algún día!  
En él muchos han perdido  
honra, familia y caudal,  
y á alguno le ha ido tan mal,  
que su vida ha maldecido.  
Primero juegos de manos,  
después solos inocentes,  
luego juegos imprudentes,  
más tarde afanes insanos  
por poseer lo que la suerte



### ESCENA III

#### BALTASAR y DIEGO

(Aparte y sin ver á Diego, que se habrá quedado en el din'el de la puerta mirándole).

BALTAS. No sé en el pecho qué siento;  
me quema extraño calor.  
Tiemblo..... ¿Si será rubor?  
¿Si será arrepentimiento?

DIEGO. (Aparte) Le encuentro muy preocupado.

BALTAS. (Idem) Del castigo no me eximo.

DIEGO. (Idem) Pero ¿qué tendrá mi primo?

BALTAS. (Idem de pronto y cogiendo el sombrero)  
Me voy, el paso está dado.  
Me protegerá la suerte.  
Hoy es mía la partida.  
No pierdo. Voy en seguida.

DIEGO. (Aparte) Va á salir y en mi no advierte.  
(Alto) ¡Baltasar!

BALTAS. (Idem) ¡Diego!

DIEGO. ¿Te pasa  
algo grave?

BALTAS. No, ¿Por qué  
me lo dices?

DIEGO. ¡Yo!..... No sé;  
pero no paras en casa  
ni un momento, y cuando estás  
te encuentro tan pensativo,  
que no me falta motivo  
para pensar....

BALTAS. ¡Concluirás!....



- DIEGO (Por la puerta de la izquierda) Aquí le esperan.  
(A D JENARO.) Me voy ya con su permiso,  
pues tengo bastante prisa.  
Adiós. (Aparte) Lograré alcanzarle.  
Confío en mi ligereza. (Vase)
- D. ROM. ¿En qué puedo á usted servirle?  
¿Qué es lo que de mí desea?
- D. JEN. Vengo por una sortija,  
que supongo ya compuesta,  
pues por ella usted me dijo  
que en este día viniera.
- D. ROM. ¿La sortija de diamantes?
- D. JEN. La misma.
- D. ROM. Aquí está. (Dirigiéndose á la caja)
- D. JEN. Pues venga.
- D. ROM. (Mirando á la caja y muy turbado)  
¿Cómo es esto? La compuse  
y aquí no la encuentro. ¡Buena.  
la hemos hecho si no la hallo!  
Más parecerá por fuerza.  
Aquí se coloca todo  
en seguida que se arregla.  
¿Estará en la tienda? No.  
No es posible. Esto me apena.  
No me explico cómo falta.
- D. JEN. ¿Qué ha pasado? ¿No la encuentra?
- D. ROM. (Colfuso) No; sin duda, caballero,  
me equivoqué. Pero...
- D. JEN. (Aparte) Tiembla.  
Este no es un buen indicio.  
¿Querrá quedarse con ella?
- D. ROM. No debe estar acabada;  
mejor será que usted vuelva.
- D. JEN. Volveré esta misma tarde. (Con intención)

D. ROM. Sí, señor, como usted quiera.

D. JEN. (Con intención) ¿Parecerá la sortija?

D. ROM. (Con sergancia) ¿Duda usted de que parezca?

D. JEN. Usted dispense. Hasta luego.

D. ROM. Hasta después.

D. JEN. ( parte.) Ya me pesa

el habérsela entregado.

¡Como no me la devuelva! (Vase.)

## ESCENA V

### D. ROMÁN

No está. ¿Me le habrán robado?

No puede ser. ¡Si no entra  
nadie en esta habitación!

(Dudando) ¡Mi sobrino! ¡Mi hijo! Fuera  
calumnia pensar en ellos.

No es verosímil que puedan  
cometer tan gran infamia. (Pausa.)

Quizá la tenga en mi mesa  
de trabajo; pero yo

tengo la mayor certeza  
de que aquí la coloqué.

En fin, voy á ver, no sea  
que me equivoque. Es extraño  
que así una cosa se pierda. (Vase.)

ESCENA VI

BALTASAR

(Entre cab z bajo) ¡Infeliz! ¡Triste de mí!  
¡Qué poco mi afán alcanza!  
Ha muerto ya mi esperanza.  
¡Todo al cabo lo perdí!  
Me amaga la tempestad  
inminente, inevitable.  
(Con desesperación.) ¡Soy un vil, un miserable!  
¿Quién de mí tendrá piedad?  
Mi castigo es consecuencia  
fatal de cuanto pequé.  
Ese anillo que robé  
me está ahogando en la conciencia.  
Sufriré, aunque no me cuadre,  
la deshonra de mi crimen.  
Sus cadenas ya me oprimen.  
Me siento malo. (De pronto) ¡Mi padre

ESCENA VII

BALTASAR y D. ROMAN

D. ROM. Hijo mío, estoy perdido.  
Con mi desgracia batallo.  
Por más que busco, no la hallo.  
BALTAS. ¿Pero qué te ha sucedido?  
Perdóname que te exija

que lo que te appena así  
me cuentas.

D. ROM. ¡Ah! La perdí.

BALTAS. (Con curiosidad.) ¿Qué has perdido?

D. ROM. (Con desesperación) ¡La sortija!

## ESCENA VIII

DICHOS y D. JENARO

Baltasar se sienta en un rincón y queda con la cabeza escondida entre las manos.)

D. JEN. Don Román, las cosas claras.

D. ROM. (Aparte.) Aquí está el dueño. ¡Dios mío!

BALTAS. Soy un sér abominable.

D. JEN. No aguanto más; necesito  
esa sortija. No es mía,  
y no quiero compromisos.

D. ROM. Don Jenaro, no la tengo.

D. JEN. Pues ¿qué ha hecho usted?

D. ROM. La he perdido.

D. JEN. Don Ramón, esa disculpa  
ni la creo, ni la admito.  
Me dará usted la sortija,  
ó si no irá usted á presidio  
Eso es robar sin careta.

D. ROM. ¡Don Jenaro!

D. JEN. Es aún más digno  
el que exponiendo su vida  
sale á robar á un camino,  
que el que así, desde su casa,  
sin arriesgarse, tranquilo,

al prójimo desvalija.

Deme usted la alhaja, digo.

D. ROM. Basta ya. No aguanto más.

D. JEN. Venga esa sortija, he dicho.

D. ROM. No la tengo, don Jenaro;  
pero si la suerte quiso  
depararme este disgusto,  
yo no quiero recibirlo.

D. JEN. No callo.

D. ROM. Callará usted,  
porque yo cuantos pejuicios  
con la pérdida le irrogo,  
con dinero le indemnizo.  
Pida usted la tienda entera;  
yo se la entrego sumiso.

D. JEN. Está usted hecho buen maula.

D. ROM. ¡Por Dios!

D. JEN. (Con ironía) Es usted muy fino.  
(Exaltándose) ¡Qué tienda ni qué ocho cuartos!  
Yo otra cosa no le pido  
que mi alhaja. Venga pronto.  
Ha sido usted harto listo  
para abusar.....

D. ROM. ¡Caballero!

D. JEN. De mi confianza.

D. ROM. No he visto  
en los años que ya llevo  
ejercitando mi oficio,  
ninguno que así á insultarme  
como usted se haya atrevido.

D. JEN. Porque hay muchos inocentes.

D. ROM. Yo nunca he dado motivo  
para que se atreva nadie  
á faltarme.

D. JEN.

Le suplico.

que no me hable de sus dones,  
pues no me importan un mito.

Si no quiere usted insultos,

(Entra Diego y queda suspenso en la puerta y escuchando)

obre usted como es debido.

D. ROM.

Por la gloria de mi madre,

por el honor de mis hijos,

por cuanto adoro en el mundo,

por cuanto en el mundo admiro,

pido á usted que compadezca

mi situación; el suplicio

que estoy ahora padeciendo,

el doloroso martirio

que me tortura. ¡Por Dios,

(Arrodilándose) sólo ante usted me arrodillo!

Usted es el único hombre

que así de hinojos me ha visto;

confírmese en mi honradez;

llévese usted cuanto es mío;

yo gustoso se lo entrego,

y sólo en cambio le pido

que no arroje usted una mancha

sobre mí de escarnío. Inclino

mi cerviz á usted; obedezco

sus más ínfimos designios;

soy su siervo; soy su esclavo;

pero el sagrado apellido

que mi padre me legó

quiero conservarle digno;

no quiero que el mundo pueda

empañar su honrado brillo,

porque es de mi padre el nombre

lo que en el mundo en que vivo  
más acato, más adoro,  
más respeto y más estimo.

BALTAS. (Con rapidez y levantándose á su padre.)  
Soy el sér mas despreciable.  
No ruegues más. Yo he cogido  
esa sortija. Yo soy  
quien te la ha robado!

D. ROM. (Levantándose y con asombro) ¡Hijo!

## ESCENA IX

DICHOS y DIEGO

DIEGO. No es cierto, que he sido yo,  
y en prueba de ello aquí está.

(E señala la sortija)

(A D. Jenar) Tome usted. Váyase ya.

D. JEN. Y usted ¿por qué la cogió?

DIEGO. Porque me quise lucir.

D. ROM. Tu gusto me salió caro.

DIEGO. Perdóneme usted.

BALTAS. (Aparte) ¡Es raro!  
¿Quién se lo pudo decir?

D. ROM. ¡Oh! Diego, sí te perdono.

(A Diego, mirando á Baltasar y con intenc.)

¡Qué noble es tu corazón!

BALTAS. Yo á tí te pido perdón.

(A Diego) Parecerme á tí ambicioso.

DIEGO. (Cogiendo por la mano á Baltasar y llevándole á un  
lado de la escena)

Baltasar, antes te espíe;  
fui anhelante tras de tí;

todo lo que hiciste ví.  
y la alhaja rescaté.

BALTAS. Ese interés, Diego, te honra,

DIEGO. Al fin te he reivindicado.

BALTAS. Reniego de mi pecado.

DIEGO. Te libré de la deshonra.

Que siempre tu alma recuerde

(Señalando á D. Jenaro)

de ese hombre los fieros modos,

y á su vista aprendan todos

á huir del tapete verde. (Teló )

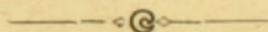
FIN

**SECC. CHILENA**

## ÍNDICE

---

	Pags.
A un Embuste, otro mayor, (para cuatro niñas)...	1
La Revoltosa (para cuatro niñas).....	17
La Banda de Honor (para ocho niñas).....	33
Las Turcas de Gonzalito (para cuatro niños).....	53
El Tapete Verde (para cuatro niños).....	73



## **A los Maestros y Profesores de las escuelas públicas y privadas**

---

*Al ofrecer á los Maestros y Alumnos de las escuelas de Chile, el presente folleto, que contiene cinco piezas teatrales para niños y niñas, ha creído la COMPAÑIA EDITORIAL DEL PACÍFICO que satisface un deseo jeneral hondamente sentido en la población escolar de la República.*

*Ha escojido la COMPAÑIA EDITORIAL cinco de las mejores piezas de una vasta colección que posee, enviada desde España por su Representante en Europa. Dentro de poco editará otra colección tan interesante, como la presente y confía en que ha de tener igual aceptación.*

*Dentro de poco editará la COMPAÑIA, á precios muy bajos, textos de enseñanza y suplica á los señores Maestros que se sirvan hacer sus pedidos con oportunidad.*

Santiago Octubre de 1911.



Compañía Editorial del Pacífico

Autorizada por decreto Supremo  
de 20 de Julio de 1911

Santiago de Chile — Merced, 752 — Casilla 1005

Casa Editora de Obras Nacionales y Extranjeras

EL

# Teatro de los Niños

CUATRO COMEDIAS EN UN ACTO

**TOMO II**

DEDICADAS A LOS  
ALUMNOS DE AMBOS  
SEXOS DE LAS ESCUE-  
LAS PÚBLICAS Y PRI-  
VADAS

Precio: UN PESO.



SANTIAGO DE CHILE

IMP. COMPAÑÍA EDITORIAL DEL PACÍFICO, S. A.

Merced, 752

1912

EL  
Teatro de los Niños

Cuatro piezas teatrales para niños y niñas

---

**Tomo II**

# El Teatro de los Niños

## TOMO I

**Contiene cinco comedias en un acto, tituladas:**

A UN EMBUSTE, OTRO MAYOR, (para cuatro niñas).

LA REVOLTOSA, (para cuatro niñas)

LA BANDA DE HONOR, (para ocho niñas).

LAS TURCAS DE GONZALITO, (para cuatro niños).

EL TAPETE VERDE, (para cuatro niños).

*PEDIDOS:*

**Cía. Editorial del Pacífico**

Casilla, 1005 - Santiago de Chile

# El Teatro de los Niños

CUATRO PIEZAS EN UN ACTO PARA NIÑOS Y NIÑAS

DEDICADAS A LOS ❧❧  
ALUMNOS DE AMBOS  
SEXOS DE LAS ESCUE-  
LAS PÚBLICAS Y PRI-  
VADAS ❧ ❧ ❧ ❧

36026

**Tomo II**



SANTIAGO DE CHILE

IMP. COMPAÑÍA EDITORIAL DEL PACÍFICO, S. A.  
Merced, 752

—  
1912

---

ES PROPIEDAD  
DE LA COMPAÑÍA EDITORIAL DEL PACÍFICO

---

**A los Maestros y Profesores  
de las escuelas públicas y privadas  
de Chile**

---

*Alhagada la COMPAÑÍA EDITORIAL DEL PACÍFICO con la entusiasta acogida que habéis dispensado al anterior volumen de Comedias para niños y niñas titulado EL TEATRO DE LOS NIÑOS, en el cual recopilamos cinco obritas teatrales de autores escogidos, ha querido acceder á las numerosas peticiones de los maestros y profesores de las escuelas, haciendo una segunda edición del citado volumen.*

*Entretanto os ofrecemos el presente tomito que contiene cuatro piezas, dos de ellas para niños y niñas, un monólogo y una comedia para niñas.*

*Agregado este volumen al anterior, tendréis una colección de nueve piezas teatrales para niños, con lo cual se llena una necesidad altamente sentida hasta la fecha en nuestro país.*

*Los pedidos deben hacerse en todas las librerías, ó directamente á la COMPAÑÍA EDITORIAL DEL PACÍFICO, Merced 752, Casilla 1005, Santiago, acompañando su importe en giro postal ó carta certificada.*

Santiago, Enero de 1912.

PASTELERO  
DE  
**SU MAJESTAD**

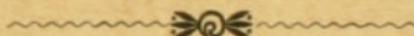
COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

PARA

CINCO NIÑOS Y DOS NIÑAS

POR

JUAN B. ENSEÑAT



## PERSONAJES

---

NICOLAS BEAUDOIN (45 años).

LUÍS XIII (16 años).

EL DUQUE DE LUYNES (39 años),

EL SASTRE.

EL ZAPATERO.

MARÍA DE MÉDICIS (44 años).

HONORINA (40 años).

MENESTRALES, Caballeros y Pajes.

---

La escena pasa en Saint-Denis (Francia), en 1617.

El teatro representa una Pastelería. Puertas al foro y laterales. Escaparate en el fondo derecha que da á la calle. Una mesa-mostrador en el fondo izquierda. Una mesa á la derecha, primer término. Varias sillas de paja.

(Las indicaciones están tomadas del lado del espectador).



## ACTO ÚNICO

### ESCENA PRIMERA

NICOLÁS, con delantal y gorro blancos,

HONORINA

HONOR. ¿Por qué, mi pobre Nicolás, abandonaste la profesión de tu padre, que en gloria esté?

Si hubieras sido labrador, no pasaríamos tantos apuros.

NICOL. Pero, Honorina ¿no hay más que decir?... Cada cual tiene sus disposiciones naturales, su destino, su estrella, buena ó mala. ¿Puede uno resistir los impulsos de la vocación? Unos nacen para ser capitanes, como César, y otros para ser pasteleros, como yo.

HONOR. Entonces ¿por qué te metiste á cocinero?

NICOL. Porque había que vivir... Además, coci-

nero y pastelero son dos artes que vienen á ser una misma profesión.

HONOR. Pues haberte quedado en casa del caballero de Audray, que bien estabas, ganando ochenta libras al año, yaún me quedo corta.

NICOL. ¡Calla, mujer! El caballero de Audray no tenía paladar. Era un glotón, incapaz de distinguir una salsa verde de una crema real á la española. En su cocina me hubiera yo pervertido el gusto.

HONOR. Concedido. Pero tuviste luego la suerte de entrar al servicio del reverendo señor Bravet, canónigo de Nuestra Señora de París, y no supiste abrirte camino.

NICOL. El digno canónigo alimentaba á todos los pobres de su parroquia y comía peor que ellos.

HONOR. ¿Y la marquesa de Sainte-Livyèrs? ¿Quieres decirme por qué no continuaste siendo su cocinero?

NICOL. ¡Ah! con ésta hubiese yo hecho carrera, si en el momento en que mejor apreciaba mis platos, no hubiera muerto de repente.

HONOR. ¿La marquesa ha muerto?

NICOL. ¡De una indigestión!... Hermosa muerte, de que hubiera podido yo sacar gran partido, si hubiese sido intrigante y vanidoso. Pero yo me callo, por modestia, y dejo que mis obras hablen por mí.

HONOR. ¡Bonitas obras las tuyas! Renuncias al ser-

vicio, vienes á establecerte de pastelero en Saint-Denis, sin un sueldo, estamos agobiados de deudas, nuestra hija anda medio desnuda; hemos empeñado todo lo empeñable, y te estás tan tranquilo, sin pensar en tus acreedores.

NICOL. (Sonriéndose). Al contrario, mira tú si pienso en ellos, que les he convocado para esta tarde á las dos.

HONOR. Y ¿qué vas á decirles, desdichado?

NICOL. Voy á darles un pastel.

HONOR. ¿Te figuras que el panadero, y el sastre, y el zapatero y los demás van á aceptar un pastel como moneda corriente?

NICOL. ¡Honorina, mis acreedores me juzgarán mejor que tú! Probarán mis pasteles, quedarán sorprendidos de mi mérito, tendrán fe en mi porvenir y me concederán todos los plazos que quiera.

HONOR. Pero ¿qué pasteles vas á darles?

NICOL. ¡Una maravilla! Escucha, mujer. Como tienes tan poca fe en tu marido, quería ocultarte un secreto hasta que mi triunfo fuese definitivo.

HONOR. ¡Secretos para tu mujer!

NICOL. Escucha. ¿Has visto los pastelillos que tengo en el horno?

HONOR. ¿Tus pastelillos de hojaldre?...

NICOL. Son distintos de los que hice hasta ahora.

HONOR. Pues no lo parecen.

NICOL. ¡Déjame explicar! Anoche soñé que en

mis pastelillos metía yo cierta substancia que había sacado de un papel azul y puesto á cocer en una cazuela, después de haberla batido con azúcar, yemas de huevo y azahar. Metí los pastelillos en el horno, moderadamente calentado, los dejé cocer con lentitud... y al ir á sacarlos... ¡oh, prodigio!... ya no eran tales pastelillos.

HONOR. ¿Pues qué eran?

NICOL. ¡Lingotes de oro! Y cuanto más sacaba, más había en el horno. Eso significaba que nuestra fortuna estaba hecha.

HONOR. ¡Simplezas!

NICOL. ¿Ves? Por eso no quise explicarte mi sueño. Pero falta la segunda parte. Esta mañana, cuando nuestra hija volvió de casa de su madrina, con su cestita al brazo, llena de golosinas, me fijé en un objeto redondo, misteriosamente envuelto en un papel azul.—¡El papel azul de mi sueño! pensé yo. Lo desenvolví... contenía un requesón. Lo cogí, y puse manos á la obra... tal como había soñado.

HONOR. No sé cómo tengo calma para escucharte. Sólo falta que tu invención resulte una porquería y tus acreedores se nos echan encima hoy mismo.

NICOL. ¡Ya verás! ¡Ya verás!... Pero voy al horno, que no se me requeme ningún pastelillo.

HONOR. Dios tenga misericordia de nosotros.

(Al ir á marcharse por la izquierda, Nicolás se detiene y mira por la puerta del foro.)

NICOL. ¡Calla! De la iglesia salen dos caballeros embozados en luengas capas... Vienen hacia acá...

HONOR. (Va á mirar por el foro.) A ver, á ver... parecen grandes señores...

NICOL. Vendrán de la corte.

HONOR. Se han parado delante de nuestro escaparate.

NICOL. Serán personas de gusto.

HONOR. Entran aquí...

(Se aparta de la puerta.)

NICOL. (Dejandolibre el paso.) ¡Mi sueño, mujer... mi sueño!

## ESCENA II

DICHOS.—LUIS XIII y LUYNES por el foro.

(Luis XIII, de negro, con larga capa;  
Luynes, con capa gris.)

LUIS XIII. (sin quitarse el embozo.) Sea la emoción que he experimentado en esa iglesia, donde duerme el sueño eterno el gran rey Enrique, ó bien sea el disgusto que me ha causado tu conversación, lo cierto es que no me encuentro bien.

LUYNES. (riendo.) Tampoco yo. (se desemboza.) Es

que hoy no nos hemos desayunado, y son cerca de las dos.

LUIS XIII. Vamos á ver si esos pastelillos son tan buenos como parecen.

(Se sienta á la mesa quitándose el embozo.)

LUYNES. ¡Señor pastelero!

NICOL. (acercándose, gorro en mano). ¿Qué desean sus excelencias?...

LUYNES. Unos cuantos pastelillos, de esos que tenéis en el escaparate.

NICOL. Si sus excelencias prefieren comerlos acabaditos de coser, ahora mismo voy á sacarlos del horno.

(Luynes interroga con la vista á Luis XIII.)

LUIS XIII. Mejor será. Id por ellos.

NICOL. En seguida. (saluda). Prepara el servicio, mujer.

(Se va por la izquierda.)

### ESCENA III

DICHOS menos NICOLAS

(Luynes se sienta á la mesa; mientras habla con Luis XIII, Honorina, preparará platos, cuchillos y dos copas de agua en el mostrador.)

LUYNES. Ya lo veis; aún no hace siete años que el glorioso rey Enrique yace en su tumba, y ni un cortesano ha tenido la piadosa idea

de acompañarnos en nuestra peregrinación. Todos se han quedado en el Louvre, rodeando á la reina madre, que es la que distribuye los empleos, las recompensas y los favores.

LUIS XIII. (melancólicamente). La reina madre está acostumbrada á gobernar. Durante cuatro años ha sido regente de Francia.

LUYN. (con amargura). Sí, sí, en provecho de los italianos.

LUIS XIII (con enfado). ¿Vas á hablarme otra vez de política? ¡Qué fastidioso estás! Cambia de conversación. Háblame de historia, de viajes, enséñame algo, distraéme... si puedes.

LUYN. Voy á probar... Precisamente, la semana pasada encontré á un reverendo padre franciscano que vuelve de Tierra Santa, de donde trae observaciones muy curiosas.

LUIS XIII ¿Y qué te dijo?

LUYN. Que los países más hermosos del mundo están azotados por las plagas mas crueles. La India tiene el tigre, Siria, la lepra; Egipto, la peste; Turquía los turcos; Alemania, la guerra; España, el hambre...

LUIS XIII En Francia, gracias á Dios, no tenemos nada de todo eso

LUYN. Tenemos todas esas plagas juntas, puesto que poseemos á Leonor Galegañ y á Concino Concini, su digno esposo.

LUIS XIII (Con ironía). ¡Qué gracioso estás hoy!

- LUYN. El dicho no es mío; es del fraile.
- LUIS XIII Ni me enseñas nada, ni me diviertes. Antes sabías hablarme de caza, de aventuras, de trajes, de joyas...
- LUYN. A propósito de joyas; ayer admiré el collar más rico que he visto en mi vida. Sesenta flores de lis, hechas de rubíes, engarzadas en seis hileras de perlas finas; el medallón central, formado por nueve perlas enormes, sostiene una cruz de diamantes que Felipe III de España encontró demasiado cara para él.
- LUIS XIII ¿A quién pertenece esa joya?
- LUYN. Ayer pertenecía á la reina madre; hoy está en poder de la mariscalá d'Ancre.
- LUIS XIII (afectando no haber oído). La música del oficio era muy bonita. ¿Quién es el organista de Saint-Denis?
- LUYN. El Sr. Lambert, un infeliz que el cabildo ha hecho venir de Poitiers, por recomendación de Vitry.
- LUIS XIII ¿Qué Vitre? ¿El capitán de guardias?
- LUYN. El mismo. ¿Sabéis lo que le predijo un agitana?
- LUIS XIII Ni quiero saberlo.
- LUYN. (A Honorina, que sirve platos y dos copas de agua). ¿Agua? Para los patos. ¿No tenéis alguna botella de vino bueno?
- HONOR. Una tengo, de un moscatel, que ni el mismo rey lo bebe mejor.

LUIS XIII (Riendo). Pues traedla y veremos si es verdad.

(Honorina se va por la derecha).

#### ESCENA IV

LUIS XIII, LUYNES, luego NICOLAS.

LUYN, El vino en ayunas se nos va á subir á la cabeza... ¿Qué hará ese maese Nicolas?

NICOLÁS (Con un canastillo de pastelillos). ¡Excelencias!... Aquí tienen los pastelillos, acabamos de sacar del horno.

(Los pone sobre la mesa).

LUIS XIII A ver, á ver. (Luynes le sirve uno en un plato y se sirve otro á sí mismo).

LUYN. ¡Qué olorcillo!... ¡Qué buen sabor! .. Se derriten en la boca... (Luis XIII tiende repetidas veces su plato á Luynes, que le va sirviendo pastelillos. Nicolás los observa, á cierta distancia, haciendo gestos de satisfacción. Honorina trae una botella, la destapa y la coloca sobre la mesa; á una señal suya, Nicolás sirve dos copas vacías).

LUIS XIII ¡Ah! Aquí está el famoso moscatel.

LUYN. (Llenando las copas). Permitidme que os sirva. (Luis XIII bebe). ¿Qué tal?

LUIS XIII Excelente... No mintió la pastelera.

LUYN. (Bebiendo). En efecto. (Sirvese más pastelillos). Y los pastelillos son deliciosos.

- NICOL. (Aparte á Honorina). ¿Oyes, mujer? ¡Deliciosos!
- HONOR. (Aparte á Nicolás). A este paso, me parece que tus acreedores se quedan sin probarlos.
- (Los clientes beben otra vez).
- NICOL. Pues es verdad. Ya no me acordaba de mis acreedores, que van á venir ahora mismo.
- (Siguen hablando bajo).
- LUIS XIII ¿No me hablabas, hace un rato, de una predicción hecha al capitán de guardias, á propósito del mariscal d'Ancre?
- LUYNES Sí. El hecho forma parte de una serie de secretos terribles. (Le sigue hablando al oído. Luis palidece, de vez en cuando se seca el sudor de la frente; beben en silencio las copas de vino que Luynes le sirve).
- HONOR. (á Nicolás). ¡Mucho secretean! ¡No vayan á resultar conspiradores, y nos veamos comprometidos!
- NICOL. (á Honorina). Lo que me espanta, es que mis pastelillos desaparecen con una rapidez terrible.
- HONOR. ¡Aquí viene nuestro zapatero!
- NICOL. ¡Y el sastrel
- HONOR. ¡Y el carnicero!
- NICOL. ¡Ya están todos aquí! ¡No hay remedio para nosotros!

ESCENA V

DICHOS, el ZAPATERO, el SASTRE,  
cuatro ó cinco menestrales

EL SAST. Maese Nicolás, supongo que nos habéis convocado para saldar cuentas.

NICOL. (Temblando). Señores, quería enseñaros...

EL ZAPAT. (Con impaciencia). ¿Qué? ¡Vamos á ver!

NICOL. Una invención mía... unos pastelillos...

EL ZAPAT. ¿Donde están?

NICOL. El caso es que... esos dos caballeros... se los han comido.

VOCES. ¡Oh! ¡Ah! ¡Ah! ¡Oh! (Luis XIII y Luynes se levantan. Luynès se dispone á hablar, Honorina no le deja).

HONOR. Sí, sí, se los han comido, sin dejar uno solo.

NICOL. Lo cual dice mucho en favor de mi invención.

HONOR. Vamos á ver si su dinero es tan bueno como tus pastelillos. (Luynes va á pagar y se encuentra sin escarcela).

LUYNES (Riendo). ¡Ja, ja, ja! Me dejé olvidada la escarcela.

LUIS XIII (Riendo). ¡Ja, ja, ja! Pues yo también.

VOCES (Unas con mofa, otras con amenaza). ¡Bah! ¡Oh! ¡Eh! ¡Bah!

HONOR. ¡Todavía se burlan! Vamos á buscar la

ronda y sabrán qué cosa es regalarse á costa de los demás, sin un sueldo para un remedio.

NICOL. Mujer, puesto que pedimos á nuestros acreedores que nos fíen, debemos fiar á nuestros deudores.

VOCES (Todos amenazan á Nicolás). ¡Vaya una gracia!... ¡Malandrín!... ¡Tramposo!...

LUYNES (Interviniendo, espada en mano). ¡Dejad tranquilo á ese hombre, canallas!

(Los acreedores se apartan, sin dejar de murmurar).

HONOR. ¡Cielos!... ¡Va á correr la sangre!... ¡La Virgen nos proteja! (Luis XIII, impasible, se emboza en la capa).

(Se oye fuera el ruido de una carroza).

LUYNES ¡Una carroza! (mirando hacia fuera). ¡Pajes de la casa real! (Todos los acreedores se precipitan fuera). ¡La reina madre!... Me ha visto... Y se dirige hacia aquí.

VOCES (Fuera). ¡Viva la reina!... ¡Viva!... (Luis XIII se adelanta al encuentro de la reina).

## ESCENA VI

LUIS XIII, LUYNES, NICOLÁS, HONORINA, MARÍA DE MÉDICIS, varios pajes y caballeros.

M. DE MÉD. Señor, hemos pasado gran cuidado por vos toda la mañana. Al fin hemos sabido

que Vuestra Magestad se había marchado, sin dignarse avisar. Lo hemos sentido mucho.

**LUIS XIII.** (Descubriéndose é inclinándose). Señora, vuestros gentileshombres me vieron partir para Saint-Denis con el duque de Luynes; ninguno de ellos tuvo la piadosa idea de acompañarnos en nuestra peregrinación. Lo hemos sentido mucho también.

**M. DE MÉD.** (Disimulando su mortificación). No debierais salir de la capital, señor, sin consultarlo con nuestros consejeros. Vuestra Majeslad se expone á caer en manos de sus enemigos.

**LUIS XIII.** Nada temáis, señora; aquí, como en París, estoy rodeado de súbditos leales, digan lo que quieran vuestros consejeros, que no son todos amigos míos.

(Marí de Médicis saluda á Luis XIII con una ligera inclinación de cabeza y se retira por el fondo, visiblemente contrariada. Nicolás, cerca de la puerta, hace dar vuelta á su gorro entre las manos. Luis XIII, después de saludar á la reina con una profunda inclinación de cabeza, se dispone á salir por entre los caballeros y pajes que le abren paso, y se detiene, al ver á Nicolás, para decir á Luyne).

**LUIS XIII.** Duque, nos vamos sin pagar nuestro desayuno. Mandaréis entregar cincuenta pistolas al pastelero.

VOCES. (Fuera). ¡Viva la reina! ¡Viva!

HONO. ¡Viva el rey!

NICOL. (Con frialdad y embarazo). ¡Viva!...

LUIS XIII. ¡Qué! ¿No estás contento?

NICOL. Vuestra Majestad me salva la vida... Pero ¿qué es la vida sin la gloria, señor? Su Majestad colmaría mi ambición si se dignase concederme... un título.

LUIS XIII. ¡Como! ¿Un título de nobleza?

NICOL. El título de pastelero de Su Majestad.

LUIS XIII. Concedido...

NICOL. ¡Viva el rey!

VOCES. ¡Viva!

FIN

LAS  
**TRAVESURAS DE LOLA**

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

PARA

**SEIS NIÑAS**

POR

MAXIMILIANO M. MONJE



## PERSONAJES

---

LOLA.

VIRTUDES.

ANDREA.

LUCILA.

LUISA.

ANA.



## ACTO UNICO

---

Una sala en un colegio,  
con todos los objetos concernientes. Puertas laterales

### ESCENA PRIMERA

LOLA, VIRTUDES, ANDREA, LUCILA, LUISA  
y ANA

(Todas, menos Lola, jugando al coro.)

TODAS. (Cantando.) Me casó mi madre  
chiquita y bonita,

¡ay, ay, ay! etc.

LOL. ¡Que viene la profesora!

(Todas las niñas corren á sentarse en sus puestos.)

LUC. ¿Qué, no viene?

LOL. No, señora.

ANDREA. ¿Ha sido broma?

LOL. Lo fué.

ANDREA. Pues atiende: no me gusta  
la broma, y no la consiento.

LOL. Por poquísimo se asusta  
la marquesa del pimientó.

ANDREA. ¡Lolita!

LUISA. Tiene razón.

LUC. ¡Eres, Lola, muy traviesa!

ANA. ¡Tienes muy mala intención!

VIR. ¡Ha sido mezquina empresa!

LUISA. ¡Vaya una hroma pesada!

LOL. Las pesadas sois vosotras.

VIR. Estas muy mal educada.

LOL. Pues mucho peor lo están otras.

ANA. ¿Lo dices por mí?

VIR. ¿O por mí?

LOL. A nadie aludo.

VIR. Sí aludes.

Ten mucho cuidado.

LOL. (Irónica.) ¿Sí?

¿De verás?

VIR. ¡Lola!

LOL. (Remedándola) ¡Virtudes!

ANDREA. Tienes una fea costumbre.

LOL. Y tú una nariz muy fea.

ANDREA. ¡Mira, Lola!

LOL. (Irónica.) No echés lumore  
por esos ojos, Andrea,  
que te pones horrorosa.

ANDEEA. Lola (Lucila la coge del vestido.)

Suéltame, Lucila.

¡Verás! (Hace demostración de levantarse.)

LOL. (Irónica.) Estas muy nerviosa.

- ANDREA. ¡Como te cojal...
- LOL. (Haciendo el cuco.) ¡Cu, cu!
- ANA. ¡Qué afán más bajo y mezquino!
- LOL. No hables de bajezas tú,  
que pareces un comino.
- ANA. ¡Qué lengua!
- VIR. ¡Es un escorpión!
- LUISA. ¡Qué niña!
- LUC. ¡Vaya con Lola!
- ANDREA. Vamos á otra habitación.  
y dejémosla aquí sola.
- LUISA. Eso es lo mejor.
- VIRT. Después  
se lo contaremos todo  
lo pasado á doña Inés.
- LOL. ¡Acusonas!
- VIRT. ¡Vaya un modo  
de insultarnos!
- LUISA. ¡Malhablada!
- ANA. ¡Traviesa!
- ANDREA. ¡Mala ralea!
- VIRT. ¡Tunanta!
- LUISA. ¡Desaplicada!
- LUC. ¡Tonta!
- ANA. ¡Loca!
- ANDREA. ¡Horrible!
- VIRT. ¡Fea!
- (Vanse.)

ESCENA II

LOLA.

¡Acusonas! ¡Tontainas!

¡Vaya las niñas!

¡Se han enfadado poco  
por la bromita!

Desde hace mucho tiempo  
me tienen rabia,  
porque soy tan alegre  
como unas pascuas.

¡Vamos, decirme horrible  
las majaderas!

(Al público.) Ustedes, que son francos:  
¿soy yo tan fea?

Por supuesto, prometo  
que han de pagarla.

Hoy he de darles una  
broma pesada.

¡Ya verán esas tontas!  
Pensaré un rato.

¡Ya sé!... ¡Lo que habéis hecho  
vais á pagarlo!

Prepararé los útiles:  
hilo y aguja.

Muy bien. Voy á llamarlas  
para que acudan.

(Llamando.) ¡Luisa! ¡Virtudes! ¡Ana!  
¡Lucila! ¡Andrea!

Venid, venid, que viene  
ya la maestra.

### ESCENA III

TODAS LAS NIÑAS

- LUISA. ¿Otra vez nos engañaste?  
LOL. No, niña.  
VIRT. ¿Pues dónde está?  
LOL. Dentro; pero ya ha venido,  
y me encargó de avisar  
á todas y de contaros...  
ANA. ¿No es una broma?  
LOL. Es verdad.  
ANDREA. ¿Y que dijo doña Inés  
que nos contases?  
LOL. Pues ya  
lo sabréis.  
VIRTUD. ¡Habla, Lolita!  
LUISA. Pero explícate.  
LOLA. Escuchad:

(A Ana, mientras se dirige á ella, le cose el vestido con el de la niña próxima, que es Virtudes).

Me dijo la profesora  
que hoy tenías que acabar  
las zapatillas que piensas  
regalar á tu papá,  
y que no seas holgazana.  
¿Entiendes?

- ANA. (Enfadada) ¡Lola!  
LOLA. ¿Qué hay?

Si es cosa de doña Inés.

(Á Virtudes, cosiendo su vestido y el de Andrea).

También me vino á encargar  
que te dijese, Virtudes,  
que estás bordando muy mal  
el pañuelo, y que si sigues  
manchándolo, como vas,  
en vez de un pañuelo de hilo  
va, á la postre, á resultar  
un paño de la cocina.

Á Andrea, cosiéndole el vestido con el de Luisa).

Y que tú, Andrea, estás  
cada día más calmosa;

(Á Luisa, cosiendo el vestido con el de Lucila).

y que tú, Luisa, eres ya,  
en punto á saber gramática,  
una gran calamidad.

LUISA (Enfadada). ¡Lola!

Lo ha

Luisa, es la maestra  
quien habla y hay que escuchar.

(Á Lucila) Me dijo que te dijese.

Lucila, que es infernal  
el festón que estás bordando,  
y que en lo de manejar  
el gancho, ni una trapera  
compararte se podrá.

(Ya están cocidas las tontas).

VIRTUD. ¿Qué fué?

LOLA.                               Pues que eres golosa,  
y tú una bruta, y tú no más;  
que tú te mueres de envidia,  
y tú de necesidad.

VIRTUD. ¿Eso dijo doña Inés?

LOLA.   Sí, señora, y mucho más.

ANDREA. ¡Imposible!

LUISA.                               No lo creo.

LUCILA.   Ni yo.

ANA.                                Una señora tan...

LOLA.   (Apartándose de las niñas).  
Bueno, no lo dijo; pero  
lo digo yo, y es verdad.

VIRTUD. ¡Lola, mira que me enfado!

LUCILA.                               ¡No me agarres por atrás

VIRTUD. ¡Suelta!

ANA.                                ¡Suelta!

ANDREA.                               ¡No me cojas!

LUISA.   ¡Me rompes!

VIRTUD.                               ¡Vaya un tirar!

LOLA.   (Irónica). Señoritas, buenas tardes.  
Divertirse. ¡Ja, ja, ja!

(Váse riendo y cierra la puerta por donde entra).

## ESCENA IV

TODAS, menos LOLA

VIRTUD. ¡Vamos, suelta!

ANDREA.                               ¡Suelta tú!

LUCILA. ¡Qué manera de tirar!

LUISA. ¡Si eres tú la que me tiras!

ANA. ¡Caramba! ¡Me enfadé ya!

VIRTUD. Pero, ¡si estamos cosidas!

ANA. ¿Qué dices?

ANDREA. ¡Calle! ¡Es verdad!

LUCILA. Otra bromita de Lola.

VIRTUD. La debemos castigar.

ANDREA. En cuanto salga.

ANA. ¡Qué mala!

VIRTUD. De ésta no la salvará  
nadie.

ANDREA. Que pague la broma.

LUCILA. Debemos de procurar  
abrir la puerta.

VIRTUD. Sí, justo.

ANDREA. Empuja.

ANA. Más.

LUCILA. Mucho más.

LUISA. ¡Fuerte, fuertel!

VIRTUD. ¡Qulál! ¡No cede!

LUCILA. ¡Otro poquito!

ANA. Empujar

(Se abre la puerta de pronto y aparece Lola vestida  
de niño.)

VIRTUD. Ya se abrió.

LOLA. Muy buenos días.

LUISA, ¡Un niño!

ANDREA. ¡Pues es verdad!

ESCENA V

TODAS

VIRTUD. ¿Quién eres, muchacho?

LOLA. ¿Quisierais saberlo?  
Pues soy, niñas mías,  
un ángel del cielo.

ANDREA. Un ángel patudo.

LOLA. ¿No queréis creerlo?

LUCILA. Dí, ¿y una chiquilla  
que estaba allá dentro?

LOLA. ¿Se llamaba Lola?  
Pues está en el cielo.

LUCILA. ¿De veras?

LUISA. ¿De veras?

LOLA. De veras; no miento.  
Oídme un segundo,  
yo os diré lo cierto.  
Yo estaba en la gloria;  
más soy tan travieso  
y doy tantas bromas  
al santo portero,  
que ayer hizo un siglo,  
si mal no recuerdo,  
que estando enfadado  
el señor San Pedro  
me dió el pasaporte  
y echóme del cielo.  
Salí de cabeza  
cayendo, cayendo;

pasé por el limbo  
y por el infierno,  
hasta que á la postre  
me encontré en el suelo.  
Caí en ese cuarto,  
vi que estaba dentro  
una bella niña  
llorando y gimiendo,  
y me dió tal lástima,  
que la dí al momento  
mis alas de rosa  
y voló hacia el cielo.

LUISA. ¿De veras?

LOLA. ¡Cuidado,  
señores, que miento!  
Yo os conozco á todas.

ANDREA. No paso á creerlo.

LOLA. Verás. Tú te llamas  
Andrea.

ANDREA. Sí, cierto.

LOLA. Tu nombre es Virtudes.

VIRTUD. ¡Jesús, qué portentol

LOLA. Tú Luisa te llamas;  
y si bien recuerdo,  
Lucila te nombran  
amigos y deudos.

LUCILA. Es un angelito

LOLA. ¡Cómo no he de serlo!

ANDREA. Sí, pero no es mudo.

LOLA. Ni en el pensamiento.

ANA. Dí, ¿cómo es la gloria?

ANDREA. Dí, ¿cómo es el cielo?

LOLA. La gloria es un sitio  
muy grande y muy bello,  
con ríos de almíbar  
que cruzan por lechos  
de ricos confites  
y dulces buñuelos,  
con casas de hojaldre,  
con torres de buenos  
turrone de almendras.  
Allí están los suelos  
muy bien empedrados  
con pasteles tiernos.  
Llueve miel y crema,  
nieva caramelos;  
si suspira el aire,  
lanza siempre el viento  
*suspiros de monja,*  
y, en fin, concluiremos  
en él siempre existen  
juguetes y juegos,  
columpios que cruzan  
y oscilan sin miedo,  
que vuelan y tornan  
en vaivén eterno,  
*que suben, que bajan,*  
*que nunca están quedos.*

ANDREA. ¡Ay qué taravilla!

LOLA. Lo que es ese cielo  
que á todos nos cubre  
¿querréis, pues saberlo?  
El cielo, queridas,  
es un rico velo

de seda azulada.  
En él ¡qué portento!  
hay grandes praderas  
de azul terciopelo,  
con siete cabritas  
y muchos borregos,  
custodiados siempre  
por un *cancerbero*.  
Hay cien mil estrellas  
con hijitos tiernos,  
que son esos dulces  
fugaces luceros.  
Hay la luna, esposa  
de ese sol inmenso.  
Hay un oso grande  
y otro oso pequeño,  
y mil lucerillos,  
que son tan traviesos  
que vuelan, discurren  
sin tregua en el cielo,  
que cruzan la esfera,  
que bullen risueños,  
*que suben, que bajan,*  
*que nunca están quedos.*

LUISA. (¡Ya me tiene local)

ANDREA. (¡Le falta resuello!)

LUCILA. (De tanto escucharle  
casi me mareo).

LOLA. Ya lo sabéis, niñas.  
¿Queréis ver el cielo?

VIRTUD. Eso no es posible.

LOLA. ¿Por qué no ha de serlo?

Si sois obedientes  
y queréis, os llevo.

LUCILA. ¡Sí, llévanos!

ANA. ¡Anda!

LUISA. ¡Si fueras tan bueno!...

LOLA. Yo soy muy humilde.

Cuanto yo prometo  
lo cumplo en seguida.

No falto, ni juego,  
ni soy muy parado,  
ni soy muy travieso,  
ni soy vanidoso,  
ni soy embustero.

¿Queréis ver la gloria?

Pues vendréis al cielo.

Taparos los ojos  
con vuestros pañuelos.

LUISA. ¿Así? (Véndanse todas las niñas).

LOLA. Y aun más fuerte.

ANA. Ya está.

LOLA. Lo celebro

(Pone á todas las niñas en ridículas aptitudes).

Ponte aquí, Virtudes.  
El cuerpo derecho  
Tú aquí de este modo.  
Tú aquí, con el dedo  
mirando hacia arriba,  
indicando al cielo.  
Luisita, á este sitio.  
los brazos derechos.

No saques la lengua,  
que es sucio defecto.  
Tú aquí, de este modo.  
Llegó ya el momento.  
Cuando una palmada  
suene, los pañuelos  
quitaros á prisa.  
Ya vamos al cielo,  
ya subo una vara,  
ya me alzo tres metros,  
ya estoy por el aire,  
ya corro, ya vuelo,  
*ya subo, ya bajo,*  
*da nunca estoy quedo.* (Váse).

(Pausa. Suena una palmada y las niñas se quitan los pañuelos.)

## ESCENA VI

TODAS menos LOLA

ANDREA. ¡Jesús que cara más rara!  
LUISA ¡Qué figura más grotesca!  
ANA. ¡Se ha burlado de nosotras!  
LUCILA. ¡Ha estado la cosa buena!  
VIRTUD. Por supuesto que yo creo  
que lo del ángel es treta  
de Lola.  
ANDREA. No cabe duda.  
El niño lo mandó ella.

ANA. ¿Se habrá entrado en ese cuarto?

VIRTUD. Está cerrada la puerta.

LUCILA. Abrámosla.

LOLA. (Saliendo). No hace falta;  
ya la tenéis muy abierta.

ANDREA. ¡Lola!

VIRTUD. ¡Lola!

LOLA. ¿Qué, qué pasa?  
¿Para qué, esas voces fieras?

ANDREA. ¿Y el niño?

LOLA. Yo no os comprendo.  
¿Qué niño es ese, babiecas?

ANDREA. El niño que tú mandaste.

LOLA. Andrea, tú no estás buena.

ANDREA. Estaba en el cuarto.

LOLA. Entonces  
si saberlo quieres, entra.

(Entra en el cuarto, diciendo desde dentro:)

(Siga la broma). ¡Aquí está!

LUCILA. Di que salga.

LOLA. (Saliendo al dintel). No contesta.  
Está dormido.

ANDREA. Pues cógelo  
en brazos.

LOLA. No tengo fuerzas.

ANA. Yo entraré.

VIRTUD. Sí, entremos todas.

(Entran todas, y Lola cierra la puerta quedándose  
fuera).

LOLA. Pues ahora cierro la puerta.

ANA. Abre, Lola.

VIRTUD. Abre, Lolita.

LOLA. Estoy sorda.

ANDREA. Tú eres buena.

.LUISA. No seas así

LUCILA. Vamos, abre.

LOLA. ¿O pondréis otra vez serias  
Por una broma?

ANDREA. No tal.

VIRTUD. Yo te juro...

LOLA. (Abriendo). Ya está abierta.  
(Al público). Y aquí el juguete acabado,  
muéstranos, público amado,  
con una palmada sola,  
que mucho que te han agradado  
*Las travesuras de Lola.*

FIN

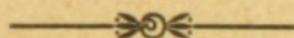
EL  
**PRIMERO de TODOS**

MONÓLOGO DRAMÁTICO EN PROSA

PARA UN NIÑO

ORIGINAL DE

F. PÍ Y ARSUAGA



## PERSONAJES

---

RICARDO (estudiante).

DOÑA BRÍGIDA, patrona (no habla).

CRIADO (no habla).

**Época actual**

---



## ACTO ÚNICO

---

Despacho bien amueblado. Ausencia completa de libros, fustas, espuelas, algunos retratos.

### ESCENA ÚNICA

RICARDO, DOÑA BRÍGIDA y el CRIADO  
cuando lo indique el diálogo.

RICARDO.—Ya hemos leído el periódico y almorzado regularmente. ¡Qué vida! ¡Qué vida, Dios mío! Vaya, vaya. (Con aburrimiento y como no sabiendo qué decir). Pero á mí algo me falta. ¿Qué será? (Como recordando). ¡Ah!...Pues, señor, no sé lo que me falta. ¿Qué hago yo todos los días después de almorzar? (Pensando). Primero, primero..., primero dejar de comer, claro, dejar de comer; pero ¿qué es lo que hago

después de dejar de comer, que hoy no he hecho? Á ver... Á ver... No comer más. Eso desde luego. Es natural. Si acabo de almorzar es que dejo de comer, y si dejo de comer es que no como más... por entónces. ¡Qué tonto soy! Algunas veces se le ocurren á uno unas cosas tan chuscas! (Enciende distraído una cerilla y se la lleva á la boca como si fuera á encender un cigarro). ¡Cállala! (Con vivacidad). Ya caigo en lo que todo los días hago: fumarme un puro. Pues voy hacerlo. (Se registra los bolsillos). No, pues lo que es hoy ya no voy á hacerlo. ¡Ni un puro, ni un cigarrillo! ¡Si no tengo ninguno desde anoche! Ayer, cuando volví del casino, dí mi última peseta al simón que me trajo á casa, y mis últimos dos reales al sereno. ¡Mis últimos dos reales, que eran definitivamente las últimas monedas que se hospedaban en mis bolsillos! De todas maneras, éste no es obstáculo para que yo fume. Con la visita que he hecho esta mañana á don Cosme Rabetas (Sacando algunos billetes de Banco). tenía de Sobra para haber comprado un estanco. La culpa de que yo no fume es personalmente mía, individualmente mía; es decir, yo solamente, ó mejor mi mala cabeza, tiene la culpa de que yo ahora no encienda mi veguero y me entretenga en ver las espirales que forma el humo elevándose, como las ilusiones, y como las ilusiones desvaneciéndose en las alturas. ¡Vaya un parrafito poético! Voy á ser un orador parlamentario que ya, ya. Pero vuelve á reconcentrarse toda mi atención en este manojito de billetes de Banco. (Contándolos). Uno, dos, tres... cien, doscientos, quinientos pesos. Perfectamente. Estábamos y estamos todavía á últimos de mes. Yo

no tenía, como ya he dicho, un cuarto. Hasta los primeros del próximo, si hoy no la recibo, era imposible pensar en la letrita de casa. ¿Qué hacer en situación tan crítica, á no renunciar á esta vida regalada, no por lo que se refiere á lo que dentro de estos muros disfruto, sino por lo que léjos de ellos solaza mi espíritu? ¿Podía yo faltar al baile, yo que soy el primero de todos? ¿Podía yo faltar á las comilonas de estos días, yo que soy el primero de todos, y que, según todos, soy el más rico, y, por lo tanto, el más guapo, el de más talento, el más elegante, el más gracioso, en fin, el primero de todos? No; eso no era digno, ni era posible. Por esto precisamente pensé yo anoche en don Cosme. Por esto me he levantado esta mañana muy tempranito á despecho de mi sueño, y á despecho de mi sueño he visitado á D. Cosme. Don Cosme, antiguo amigo de mi padre, es un hombre rechoncho, un hombre grave, muy grave; pero á pesar de estar siempre tan grave, nunca se muere. Si se muriese ahora que me ha prestado estos quinientos pesos, menos mal, pero tendrá él buen cuidado de no morir sin cobrarlos. Más seguiré mi historia. (Va con el ademán y el gesto expresando las distintas situaciones del diálogo siguiente, que recita con mucha animación). Don Cosme estaba sentado en un butacón de gutapercha, llevaba una bata de flores y un gorro colorado, y mascullaba entre los dientes un puro Verdugo. Entré. «Buenos días, don Cosme.—Hola, muchacho. ¿Cómo estas, y la familia? ¿No se ha muerto ninguno con ese malhadado ciclón que anunció la prensa?—No sé nada de ningún ciclón.—Sí, hombre. Estos días ha habido un ciclón espantoso en Iquique, en el mismo

Iquique. Yo creí que venías á anunciarme la muerte de tu padre.—Muchas gracias.—No hay de qué.—Yo no sé nada de lo que usted me dice. El correo del Norte llega hasta el lunes, según creo; por eso no sé nada; pero presumo que nada habrá ocurrido á mi familia, porque lo hubiera dicho la prensa. Ya ve usted, mi padre es una persona allí tan conocida, un empleado de categoría tal.....—Si, si, ya comprendo. Pues te doy la enhorabuena. Ya supondrás que mis palabras han sido una broma.—Pesada. «Esto lo dije aparte. (Al público.) Él, viendo mi turbación, continuó: «¿Conque todavía no has tenido este mes noticias de allá?—No, señor, precisamente por esto vengo á ver á usted.—Explicáte.» (Aparte al público.) (Aquí del sable.) «Si, señor, me explicaré. Como todavía no he recibido carta de allá... ¿Usted me comprende?» (Aparte.) Mi interlocutor arruga la frente, y dice con calma: «No, no.—Pues bien, como no he recibido carta... —Sí, ya me lo has dicho, que no has recibido carta.—No, señor, no la he recibido, y por eso precisamente no he recibido tampoco el dinero del mes.» (Aparte.) La solté; respiro. Don Cosme, con acritud, poniéndose en guardia: «¡Hola, hola!» (Aparte.) Yo, con franqueza: «Vengo, pues, por si usted me hace el singular favor de prestarme la cantidad que suelen remitirme, que á principio del entrante Enero se la devolveré.» (Aparte.) Don Cosme, más blanco que la cera: «Hombre, hombre, hombre. Con muchísimo gusto. Tu padre es antiguo amigo mío y me será agradable servirte; pero es el caso que no sé si tengo lo que me pides.» (Aparte.) Yo, con dignidad: (Alto.) «Pues entonces no me lo

dé usted.» (Aparte.) Don Cosme mirándome confuso; «Veremos, veremos, no seas tan vivo de genio. A ver, á ver.» (Abre el cajón.) (Aparte.) Yo aparte: «¡Cuántos billetes!» Don Cosme, cerrando los ojos para no ver cómo se van los cuartos: (Alto.) «¿Y cuánto es, cuánto es?» Yo: «Ya sabe usted, quinientos pesos.—Allá van.—Quedo agradecido. Yo mismo vendré á pagar á usted mi deuda.—No, no te molestes. Ya iré yo por allí y cobraré.—Como usted quiera.—Adiós.» (Al público.) Y aquí me tienen ustedes. ¡Pobre don Cosme! Lo que es el mes que viene no cobra más que la mitad. (Pausa.) Pensemos ahora en otra cosa. Debo á la patrona tres meses. ¡Seiscientos pesos! La casa los vale. Dos balcones á la calle. Buen mueblaje. Regular comida. Hoy la pagaré trescientos pesos. (Llama y aparece el criado.) Da esos trescientos pesos á doña Brígida. (Dándoselos.) Esos veinte para la lavandera. Con esos treinta toma un palco para el Politeama. (Dándole más.) Toma, trae una docena de botellas de Jerez y un par de gallinas trufadas; trae también jamón en dulce; en fin, trae lo mismo que el otro día. (Vase el criado.) ¡Eh! Escucha. Toma veinte más, que con eso no tendrás bastante. (Vase el criado. Llama otra vez.) Escucha. A la vuelta di á un simón que me aguarde á la puerta. Voy á salir. (Vase el criado.)

Me quedan cincuenta pesos. Con ellos y con la letrita de casa podré pasarlo divinamente de baile en baile y de teatro en teatro. Ahora estoy bien. De los tres años que llevo en Madrid, éste va á ser el mejor de todos. Hace tres años que emplearon á mi padre, partió á su destino á Iquique, y me dejó aquí,

para que siguiera mi carrera, en casa de un amigo suyo. La poca libertad de que en tal casa gozaba me obligó el año pasado á insurreccionarme, y me declaré independiente. Mi padre me ha dispensado este lance porque me supone muy adelantado en mi carrera, en la que, en honor de la verdad, no he podido aún pasar de la preparatoria. Porque á mi me gusta mucho el teatro. Ya lo habrán notado ustedes. Me entusiasma todo aquello del baile; Luis, ¿quieres subir al palco? (Gritando.) Di á la Rosita que venga. Aquí sobra manzanilla. Ahí va la chistera de Pepe. Todo eso es muy agradable. Las últimas horas, sobre todo las últimas horas. Yo me extasío con estas cosas; por eso no faltó á ellas, y todos me llaman «El primero de todos.» ¡El primero de todos, el punto número uno! ¡Qué dicha! ¡Cuantos como yo quisieran ser el primero de todos! (Entra doña Brígida con una carta en la mano.) Una carta; venga. Sí, es la misma, la que yo aguardaba, la de mi familia. Leamos. (Vase doña Brígida. Lee.) «Querido hijo...» (Mirando ¡la firma.) Es de mi madre. (Leyendo.) «Querido hijo: no vacilo en darte la triste noticia...» ¿Qué es esto? «Porque ya por los periódicos sabrás lo sucedido, y puedes suponer nuestra desgracia mayor cuando acaso tenga todavía remedio. Tu padre no ha muerto, como los periódicos han dicho á primera hora, pero tu padre está gravísimo. El ciclón que el otro día azotó á este pueblo fué terrible. Se derrumbaron los más fuertes edificios, y ricos y pobres, todos sufrieron espantosas consecuencias. Tu padre fué de las primeras víctimas. Uno de los tabiques de la casa que habitábamos cayó sobre él y de

entre los escombros, le sacaron en un estado dolorosísimo. Afortunadamente los médicos aún tienen alguna esperanza.» (Recitando.) ¡Cielos! Qué suceso tan desagradable viene á turbar mis alegrías. Mientras aquí me divierto, mi padre muere al impulso de las poderosas fuerzas de la naturaleza. (Sigue leyendo. «La situación en que quedamos es aflicta por todo extremo. Si tu padre se salva quedará imposibilitado para trabajar, y si muere perderemos nuestro principal apoyo. En mucho tiempo, hijo mío, nada podremos enviarte. Lloro escribiéndote. Afortunadamente estás lo bastante adelantado en tu carrera para poder ocuparte en algo y hallar una colocación que te dé para vivir en tanto que todo se arregla. Este es mi único consuelo.»

Esto no puede ser; pero ¿qué voy á hacer yo? Morir, morir de angustia. ¿Para qué sirvo yo? Para nada. Si no he hecho en toda mi vida más que entretener el tiempo en diversiones, ¿qué en diversiones?, en infames, en despreciables devaneos. ¿Cómo vivir así? ¡Mi padre! ¡Pobre padre mío! ¡Yo que ya debía servirte de ayuda, hoy, por mi conducta, nada puedo hacer por tí! ¿Y yo..., yo mismo?... La miseria... Yo..., yo... (Ironía.) «El primero de todos.» (Se sienta desfallecido. Entra el criado cargado con los objetos que antes le encargó.) ¡Qué! ¿Qué traes? ¿Qué es eso? ¡Ah! ¡Los preparativos para el baile!... Ya no voy; dame el dinero; quédate con todo eso, para nada lo quiero; dame el dinero. Don Cosme vendrá por él. Leerá la noticia en los periódicos y no tendrá paciencia para esperar. Pero, ¿qué periódicos? Los periódicos

cos no han dicho nada. Yo no lo he visto. (Se abre la puerta y entra doña Brígida ridículamente asustada y con un periódico en la mano. Sin dejarla hablar.) ¡Ah! ¿Lo dicen los periódicos? Lo dicen, y yo nada sabía. Eso es. Usted también viene á agobiarme ahora precisamente que no puedo, que no tengo. Es imposible. Mi desgracia es atroz. Yo no puedo pagar. (Huyendo de todos.) Paciencia, paciencia; ahora sólo debo pensar en mi padre. (Suena un fuerte campanillazo. Asustado.) ¡Ah! Ese es don Cosme que viene por sus dos mil reales. No le abran ustedes la puerta. Díganle que me he muerto, que me he mudado, que no estoy en casa. Nada, nada, no estoy; eso es, no estoy. ¿Adónde va usted? (A doña Brígida que se va.) Doña Brígida, por Dios, no abra usted la puerta á don Cosme. ¡Ah! Se va usted sin hacerme caso. (Doña Brígida se va y vuelve. Ricardo se pasea agitado. Entra doña Brígida y le entrega una carta.) ¡Ah! ¿Conque no es don Cosme, conque es otra carta? (La abre. Mirando la firma.) De don Ruperto, de mi antiguo encargado. ¿Qué dirá? (Lee.) «Todo es mentira. Tu padre se estropeó solamente un brazo, del que ya está casi curado. La prensa exageró la dolencia, y tu familia, sabiendo la vida que llevas, pensó en darte un disgusto, que es el que ya has recibido; tengo en mi poder los dos mil reales de este mes. Aprovecha esta lección, y renunciando á tu malhadada libertad, vuelve á casa del encargado que te designó tu padre.— RUPERTO.» (Recitando.) ¿Conque todo es mentira? Me tranquilizo, me tranquilizo. Un abrazo, doña Brígida. Otro, muchacho. (Los abraza.) Mañana les pa-

gan á todos; aprovecharé esta lección que mis padres me han dado, estudiaré por si alguna vez me hallo expuesto á que tan tristes noticias sean verdaderas, y celebraremos hoy todos juntos, y sin salir de casa, mi regeneración, comiendo esas viandas que tenía preparadas para la orgía de esta noche. (Telón.)

FIN

# SÉ HOSPITALARIO

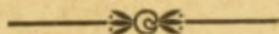
COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

PARA

TRES NIÑOS Y UNA NIÑA

ORIGINAL DE

F. PÍ Y ARSUAGA



## PERSONAJES

---

TEODORO (14 años), hermano de  
JAIME (15 años).

RUPERTA (50 años), antigua criada de  
los padres de Teodoro y Jaime.

D. LUIS (50 años), tío de Teodoro y  
Jaime.

**Época actual**

---



## ACTO ÚNICO

---

Decoración: Sala pobremente amueblada. Un balcón ó ventana. Una chimenea. Puertas laterales y al foro.

### ESCENA PRIMERA

TEODORO y JAIME

- TEOD. Habernos quedado solos  
en el mundo es cosa triste.
- JAIME. No es posible hallar consuelo.
- TEOD. La desgracia nos persigue.
- JAIME. ¿Dónde hallaremos, Teodoro,  
dónde encontraremos, dime,  
otros padres, otros maestros  
que nuestras penas mitiguen,  
que nuestros pechos alienten,  
que, cual los perdidos miren  
al porvenir inseguro  
que nuestro espíritu aflige,

- y, cual ellos, el timón  
de nuestra existencia guíen?
- TEOD. ¡Oh! ¡Qué pérdida tan grande!  
Yo catorce años, tú quince,  
¡y ya solos para siempre!...
- JAIME. Meditarlo al alma aflige.  
Sin parientes, sin amigos,  
sin alguien que á algo encamine  
de provecho nuestra vida.
- TEOD. Jaime, somos infelices.  
Nuestros padres han dejado  
Muy poca cosa al morirse.
- JAIME. Cuatro muebles en mal uso.
- TEOD. Cuatro muebles inservibles.
- JAIME. En efectivo ni un cuarto.  
¿Qué haremos?
- TEOD. ¿Qué haremos, dices?  
Pues buscar pronto un oficio,  
si es que no quieres morirte  
de hambre. Buscar cualquier cosa  
y pronto, antes de que expire  
ese plazo que el casero  
nos ha dado, pues exige  
que á mediados de este mes  
dejemos la casa libre.
- JAIME. Nos regala quince días.
- TEOD. Sí, nuestro padre, hombre firme  
en cumplir su obligación,  
pagó el mes último.
- JAIME. Dique  
no halla mi pena.
- TEOD. Como era

empleado de los que viven  
por necesidad al día,  
de esos que un sueldo perciben  
escaso á esas atenciones  
precisas é ineludibles  
que para eterno tormento  
pasan sobre quien existe,  
no pudo el pobre ahorrar nada.

JAIME. Así en miseria terrible  
nos ha dejado sumidos.

TEOD. Tal miseria se concibe.  
Quería darnos carrera.  
Aún mis oídos perciben  
las palabras de sus sueños.  
Decía: «Deja que porfíe  
en la manía que tengo.  
Hijos míos, siempre quise  
dejar vuestro porvenir  
asegurado. Felices  
seréis si seguís los dos  
la carrera que os indique.  
Es muy duro ser empleado.  
No queráis á mí seguirme.  
No quise abogado ser,  
y al cabo del tiempo vime  
necesitado á acogerme  
á este título amovible  
que tan poco me produce,  
que de tan poco me sirve.»  
Y su empeño no cumplió.

JAIME. Yo ya bachiller me hice.

TEOD. Yo aún el título no tengo,

ni he de poder conseguirle  
aunque con ardor me afane  
y por serlo me fatigue.

JAIME. Su manía nos perdió.

TEOD. Calla.

JAIME. No es que lo critique;  
pero di, no hubiera sido  
más útil y menos triste  
pue nos hubiera enseñado  
un oficio?

TEOD. Se concibe,  
y es disculpable su afan.

JAIME. Jamás lo contrario dije,

TEOD. Ya sé. Un oficio es tan bueno,  
tan honrado y tanto sirve  
cual literaria carrera.

Fuerza es que el mundo precise  
de actividades distintas,  
y punes si todos dirigen  
á unas mismas su afición,  
es desusado y punible  
que á las demás se abandone;  
siendo todas atendibles,  
siendo todas necesarias.

JAIME. Tienes razón.

TEOD. Imposible.

me parece que hayan quien  
deje la tierra en que vive  
y que siempre cultivó,  
y que en carreras confíe,  
cuando es la tierra la madre  
que en querer más se desvive.

Si yo fuera hoy campesino,  
la desgracia que hoy me aflige  
no me ahogara, pues la tierra  
sería pródiga en servirme.

JAIME. Si encontrásemos al tío  
que marchó á lejanos países  
y de que hablaba papá...

TEOD. De seguro ya no existe,  
pues hace ya mucho tiempo  
que nada desde allá escribe.  
Aun no le hemos conocido.

JAIME. Ha debido de morirse.

TEOD. Hablemos ya de otra cosa.  
¿Y Ruperta?

JAIME. Cuando vine  
esta mañana expliquéla  
el caso, y que se anticipe  
á buscar cuanto antes casa  
la aconsejé.

TEOD. ¿Ella qué dice?  
¿Qué ha de decir? Que nos quiere  
con el alma; que es horrible  
para ella el abandonarnos;  
que su edad ya no resiste  
estos embates, y que  
á do vayamos nos sigue.  
pues no quiere de nosotros  
hasta morir despedirse.

TEOD. Nos sirvió toda la vida;  
fué tu nodriza.

JAIME. Describe  
la pobre cual nos meció

cuando éramos chiquitines.  
Es buena.

TEOD. Sirviente leal.

JAIME. Sí. Ni siquiera permite,  
ni jamás ha permitido.  
tomar un cuarto.

Es sublime  
su abnegación.

Una madre  
fué con nosotros.

Terrible  
es que así la abandonemos.

JAIME. Pero es forzoso, aunque aflige.

## ESCENA II.

DICHOS, RUPERTA

RUPER. (Mirándolos) ¡Ah! ¿Por qué os encuentro así  
tan tristes y preocupados?  
No estéis tan desesperados.

JAIME Y ¿cómo no estarlo, dí?  
Mas cede ya á la razón:  
aunque triste y doloroso,  
que nos dejes en forzoso.  
Aplaca ya esa pasión  
que así á nosotros te liga.  
Nuestra suerte es harto fiera;  
no quieras de esa manera  
que la desgracia te siga.  
Busca tú vida mejor

de la que aquí gozarás.  
Tú todavía no estás  
acostumbrada al dolor.

RUPER. De mi existencia en los días,  
que ya terminarse siento,  
para mi desgracia, cuento  
más dolores que alegrías.  
Nos os aflija mi pesar,  
mis dolores no os aflijan,  
mientras ellos no os exijan  
sus crudezas remediar.  
Y ya, á fuerza de sufrir,  
he vertido tanto llanto,  
que no me espanta el quebranto,  
y aun lo puedo resistir.  
¡Que os abandone! ¡Dios mio!  
¡Abandonaros! ¿Por qué?  
¡Vuestra suerte seguiré!  
Acompañaros ansío,  
Yo no os puedo abandonar,  
porque os he visto nacer,  
y todo al ser de mi sér  
siempre he dedicado á amar  
á los niños cuya cuna  
mecí en épocas mejores,  
á mis únicos amores.  
Vosotros sois mi fortuna.  
Con vosotros he vivido,  
con vosotros he soñado,  
por vosotros he llorado  
y por vosotros sonreído.  
Vuestro llanto muchas veces

turbó mi amoroso afán.

JAIME. Dolor tus palabras dán.

TEOD. Calla ya, que enterneces.

RUPER. No, no cedo á mi pasión.

Resistiré vuestro encono;  
pero yo no os abandono  
mientras tenga corazón.

JAIME. Bien está. Sigue la suerte  
de tus amos infelices;  
pero piensa lo que dices,  
pero lo que haces advierte.  
Mil penas y sinsabores  
serán nuestros compañeros.

RUPER. No me asustan los fieros  
ni más terribles dolores.

JAIME. Pues síguenos.

RUPER. Sobre todo,  
de la desgracia os quejáis,  
y es porque no os comparáis,  
(Asomándose á la ventana y señalando)  
¡Mirad, niños, de qué modo  
hay quien arrastra la vida!

JAIME. ¡Un pobre! (Con desdén).

TEOD. ¡Cuánta tristeza  
me dá ver tanta pobreza!  
Tiene la faz escondida  
entre las trémulas manos.  
Empolvado está su traje.

JAIME (Con desdén) Vendrá de hacer algún viaje.

RUPER. (A Teodoro) Dí, ¿le llamamos?

TEOD. Sí.

JAIME. Vamos

son, Teodoro, alardes tales.

Inútil es tu piedad.

¿Qué va á dar tu caridad,  
si no tienes más que males?

¿Para qué llamarle quieres  
si no le has de socorrer?

¿Quieres más cargas contraer?

TEOD. Muy caritativo no eres.

Aún nos queda, por fortuna,  
algo que dar á ese pobre.

JAIME. Yo, Teodoro, que me sobre  
no tengo renta ninguna.

TEOD. Jaime, tú no la tendrás;  
tampoco yo; más ¿no crees  
que allí donde comen tres  
puede comer uno más?

JAIME. No estamos en ocasión  
de hacernas los poderosos.

RUPER. Pero podéis ser virtuosos.

TEOD. Ruperta tiene razón.

JAIME. Tu obediencia ya reclamo  
y tu virtud compadezco.

TEOD. Pues, Jaime, no te obedezco,  
y á ese pordiosero llamo.  
(Vase; le sigue Ruperta.)

### ESCENA III

JAIME

No he de recibir muy suave  
al mísero peregrino.

De seguro su camino  
emprende al verme tan grave.  
Considero tonto y loco  
tan humano ser con él,  
porque es mucho más cruel  
repartir donde hay tan poco.  
Cual mi hermano nunca vi  
muchacho mas testarudo.  
Ya de su buen juicio dudo;  
pero se acercan aquí. (Mirando.)

#### ESCENA IV

JAIME, TEODORO, D. LUIS (con el traje sumamente destrozado.)

TEOD. Pase usted.

D. LUIS. (A Jaime.) Muy buenas tardes.  
(Jaime no contesta.)

TEOD. Contéstale.

JAIME. ¿Yo? No quiero.

D. LUIS. Joven, ya te he saludado,  
y que contestes deseo.

JAIME. ¿Para tratarme de *tu*  
quién ha dado á usted derecho?

TEOD. Hermano, depón tu orgullo. (Aparte.)

JAIME. (Con actitud) ¿Para qué? (Aparte á Teodoro.)

TEOD. (Aparte.) No seas soberbio.

D. LUIS. A tratarte con confianza  
derecho me da el ser viejo.  
Tú podrías ser mi hijo,

y por eso te tuteo.

Y has de respetar mis canas  
por eso mismo que alego.

TEOD. El señor dice muy bien;  
es un anciano, y respeto  
debe merecerte, Jaime.

JAIME. Lo contrario no sostengo;  
pero es tonto traerle aquí,  
cuando nada darle pueda,  
porque no hay nada.

TEOD. Ya habrá.  
Ruperta ahora traerá un leño,  
y encenderemos la lumbre.  
Dolor en el alma siento  
cuando tiritar de frío  
al mísero anciano veo.

JAIME. (Con gozo.) Ni una astilla hay en la casa.

TEOD. Deja; ya la encontraremos.

Nada sirve este cajón;

(Cogiendo uno que habrá en el suelo.)

se rompe, y tendremos fuego.

(Lo rompe, echa unos papeles y enciende la  
[chimenea].)

Acerque usted más su silla.

D. LUIS. Desde aquí bien me caliento.

(Coge un periódico y se pone á leer.)

TEOD. Ya Ruperta está encargada  
de hacer la comida.

JAIME. (Con alegría.) Creo  
que no hay nada en la despensa,  
y dinero no tenemos.  
(Tocándose los bolsillos.)

De manera que no sé  
qué le darás á ese hambriento.

TEOD. Cuando hay buena voluntad  
todo se arregla. Prometo  
que no se irá disgustado  
de casa este caballero,  
si benévolo contempla  
nuestros propósitos buenos,

JAIME. Y ¿dónde le harás dormir?  
Mi catre es bastante estrecho.

TEOD. Pues él dormirá en el mío.

JAIME. ¿Y tú?

TEOD. Dormiré en el suelo.

D. LUIS. Me admira tanta bondad.  
Vuestros favores acepto,  
pues no ignoro que algún día  
podré otorgaros el premio

JAIME. (Con ironía.) ¿Premio quien así demanda  
el amparo de este techo?

TEOD. El premio está en la conciencia.

D. LUIS. Muchacho, eres muy discreto.

JAIME. (Con ironía.) Yo renuncio generoso  
á tal recompensa.

D. LUIS. Bueno.

Yo recojo tu palabra.

JAIME. Yo gustoso se la entrego.

D. LUIS. El tiempo se encargará  
de humillarte, audaz mancebo.

TEOD. Dejen ya tal discusión,  
y distraigamos el tiempo,  
nuestras penas y alegrías  
unos y otros compartiendo.

D. LUIS. Ya conozco vuestra historia,  
y por eso mismo siento  
que crece mi gratitud  
hacia vosotros; y puesto  
que ya he sabido quién sois,  
quién soy yo voy á exponeros.  
Mi historia es vulgar y corta.  
Nací en un mezquino pueblo  
de la provincia de Cádiz;  
crecí, cual todos crecemos,  
entre hermosas ilusiones  
y entre ambiciosos deseos.  
Un día, estando en la casa  
de mis padres, miré al cielo;  
miré al mar, y al contemplarlos  
tan temibles y tan bellos,  
me pareció que gritaban:  
el uno, te doy mis vientos;  
el otro, te doy mis olas,  
y los dos: acepta presto  
nuestros dones, serás rico,  
serás feliz, serás bueno.  
Sin vacilar contesté:  
ya vuestros dones acepto.  
De mi hermano y de mi padre,  
pues mi madre ya había muerto,  
me despedí, y en un buque  
llegué de la Habana al puerto.  
Allí en industrias diversas  
logré hacer caudal inmenso.  
Pero una noche fatal  
redujo un voraz incendio

á cenizas las viviendas  
donde estaba mi comercio.  
En aquella misma noche,  
de doleroso recuerdo,  
mientras con furor horrible  
mi fortuna estaba ardiendo,  
mi pobre padre ed Jerez  
exhaló su último aliento.  
A trabajar á Madrid  
vino, según supe luego,  
mi hermano. Yo allí seguí  
la fortuna persiguiendo  
largos años, y logré,  
después de muchos tormentos,  
otra vez hacerme rico.  
Al contemplarme opulento,  
distribuí mis riquezas  
en cien fincas, que aún conservo.  
Después emprendí este viaje  
por encontrar el consuelo  
de ver á mi pobre hermano;  
pero quizá ya haya muerto,  
pues por mucho que lo busco,  
hijos míos, no lo encuentro.  
(Se lleva el pañuelo á los ojos).

TEOD. ¿Y cómo se halla usted así,  
teniendo tanto dinero?

D. LUIS. Apenas llegue, un ladrón  
se metió entre los viajeros,  
y aprovechando la vulla  
no me dejó un solo céntimo.  
Ya véis si soy desgraciado.

TEOD. Y usted, señor, ¿qué es lo que ha hecho?

D. LUIS. Reclamar; pero es en vano.

TEOD. ¿Y qué piensa usted?

D. LUIS. Ya tengo

dada orden de que liquiden  
cuando en la Habana poseo  
y lo remitan al Banco.

Pero primero que todo  
se arregle pasará tiempo.

TEOD. ¿Y cuánto puede tardar?

D. LUIS. Dos ó tres meses, lo menos.

(A Jaime) Recompensar los favores

Ya ve usted, joven, que puedo. (Con aire  
[burlón])

JAIME (Con incredulidad). Pamplinas á los canarios.  
¡Se figura que le creo!

## ESCENA V.

DICHOS y RUPERTA,

RUPER. (Preparándose á poner la mesa).

Pronto estará la comida.

(A Teodoro). Un chico trajo esta carta.

(Le da una carta)

JAIME. (Con disgusto). Me voy; tu bondad me basta,

(Teodoro abre la carta y queda suspenso le-  
[yéndola].)

D. LUIS. (A Jaime) ¡Ay, joven! Tu pecho anida  
poco noble corazón.

Odias la hospitalidad.

No sientes de la bondad  
la dulcísima pasión.  
Tu instinto en malvado raya  
al usar tan malas artes;  
antes de que tú te apartes,  
he de ser yo quien se vaya.  
Calma tu furor, si puedes.  
Yo tu desprecio perdono.  
Adiós ya; os abandono.

TEOD. (Entusiasmado y sin hacer caso).

Oigan, oíganme ustedes.

(Lee). «Me permito, pues, ofrecer á ustedes dos mil quinientas pesetas de mi bolsillo particular, sintiendo en el alma no poder atender con más á su aflictiva situación y premiar de mejor modo la providad y amor al trabajo de su honrado padre, mi querido subordinado y amigo, D. Elías Fernández de Lozo.—El Jefe del Negociado, RAMÓN VILLET».

D. LUIS. (Con asombro) ¿Elías Fernández de Lozo? era vuestro padre?

TEOD. Sí.

D. LUIS. El hermano que perdí,  
ese mismo es. Alborozo  
al veros el pecho mío  
experimenta extasiado. (Los abraza).  
Venid. ¡Oh, cuánto he llorado  
por él!

TEOD. ¿Sois, pues, nuestro tío?

D. LUIS. (A Jaime.) Yo soy, aunque no te cuadra.

JAIME. ¡Por Dios! (Aparte) A creerlo me avengo.

- D. LUIS. Aquí en el bolsillo tengo  
un retrato de mi madre. (Lo saca.)  
Sin duda él otro tendrá,  
pues la amaba como yo.
- TEOD. Mil veces nos le enseñó.  
Mírelo usted. Aquí está.  
(Descuelga de la pared un pequeño retrato.)
- JAIME. (Comparándolos.) ¡Iguales! Sí. Tío perdón.  
(Se arrodilla.) Comprendo que os he ofendido.
- D. LUIS. (Levantándole.) Aunque no lo has merecido,  
te lo doy de corazón.  
Ahora á arreglar mis asuntos  
con serenidad y calma.
- RUPER. ¡Cuanto placer siente el alma!
- TEOD. Viviremos todos juntos.
- D. LUIS. Dejad dolores prolijos.
- JAIME. ¡Cuánta dicha, Santo Cielos!
- D. LUIS. Ya sois muy ricos los dos,  
pues desde hoy seréis mis hijos.  
(A Jaime.) Por tí no hubiera podido  
descubrir tal paradero,  
pues antes que caballero,  
descortés conmigo has sido.  
Olvida ese orgullo loco  
y parte el pan con el pobre,  
aún cuando nada te sobre,  
aún cuando tengas muy poco.  
Ser virtuoso es necesario.  
Ten en tu bien esperanza,  
pues siempre en el mundo alcanza  
su premio el hospitalario. (Telón.)

FIN.

## ÍNDICE

---

	Págs.
Pastelero de su Majestad (para cinco niños y dos niñas) .....	1
Las travesuras de Lola (para seis niñas).....	23
El primero de todos, (para un niño, monólogo)...	41
Sé hospitalario (para tres niños y una niña).....	53

